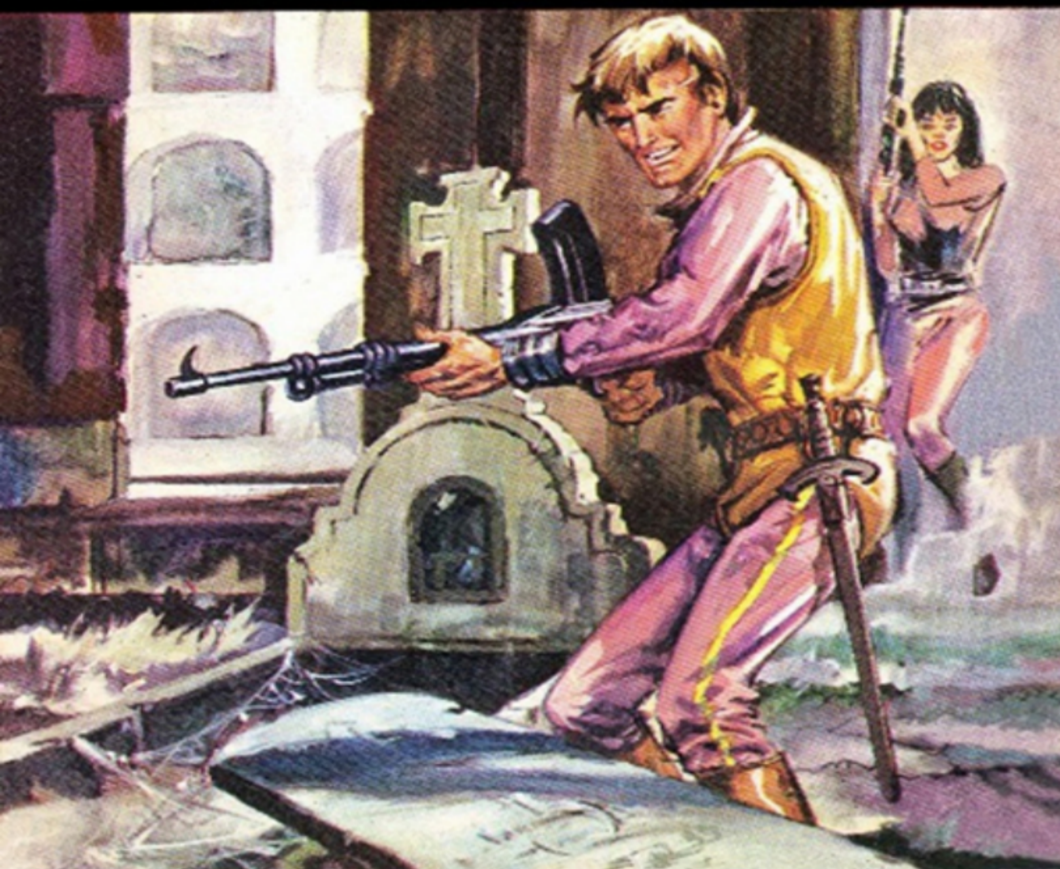
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

MI TUMBA ESTA VACIA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

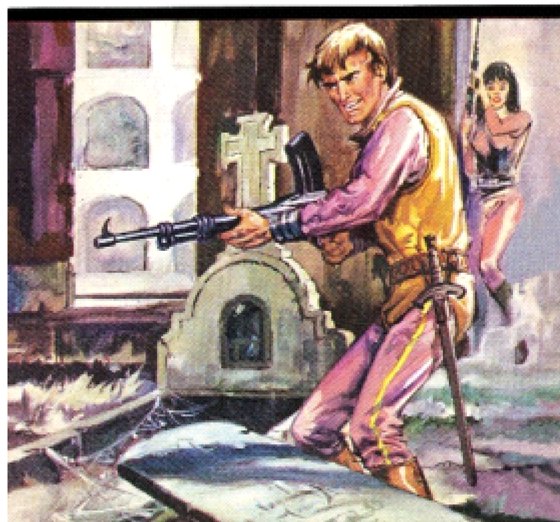
CIENCIA FICCION

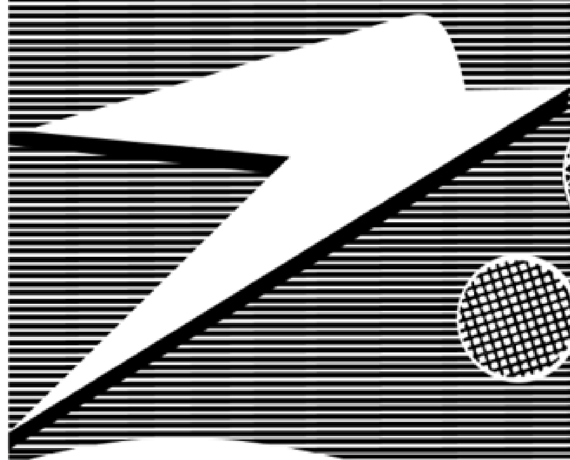
SERIE la conquista DEL ESPACIO

MI TUMBA ESTA VACIA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

205— Ultradiamantes. — *Clark Carrados.*

206— Nosotros los contaminados. — *Curtís Garland.*

207—Guerra en Marte II. — *Glenn Parrish.*

208— Peregrinos del tiempo. — *Clark Corrados.*

209— Los seres pensantes. — *Marcus Sidéreo.*

CURTIS GARLAND

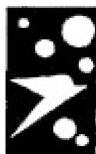
MI TUMBA ESTA VACIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 210

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 26.412 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, «era simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Me estoy cansando de esperar.

Es fatigosa esta tensa espera, en la oscuridad; agazapado, con los nervios en tensión, y con la atención fija ahí, en ese lugar.

Ese lugar en donde tiene que suceder algo, en poco tiempo.

Algo que, quizá, pueda darme una luz sobre un crimen. Sobre un asesinato que no tiene sentido, ni lo tuvo jamás. Sobre un hecho criminal que aún no he logrado comprender totalmente. Y que quizá jamás comprenda, si esto falla esta noche...

Espero que no fracase. Que no esté perdiendo en vano estas horas, acechando lo que debe suceder. Espero que todo salga como yo creo, como confío en que ocurra...

Porque lo cierto es que ahí mismo, quizá delante de mí, a tan escasa distancia, todo se aclare dentro de unos minutos. O de unas horas.

Y al fin sepa por qué... y quién... y cómo...

¡Son tantas las preguntas sin respuesta, las oscuras incógnitas que rodean todo esto! Y todas esas preguntas podrían aclararse, quizá, esta misma noche. Cuando menos, eso es lo que yo deseo. Para ello estoy aquí, con todas mis esperanzas puestas en tal cosa...

No sé si tendré éxito. No puedo saber nada de lo que sucederá. Pero, cuando menos, tengo que intentarlo todo. Tengo que seguir al acecho, esperando mi ocasión. Luchando por hallar la clave de todo lo ocurrido. Por encontrar al responsable o responsables de algo que lo significa todo para mí.

Ya que el destino, mi extraño y oscuro destino, me concede esa oportunidad insólita, debo intentar aprovecharlo al máximo. No todo el mundo tiene tal privilegio. Estoy seguro de que nadie, antes de ahora, tuvo semejante ocasión. Nadie disfrutó de esta oportunidad única e irrepetible. O, cuando menos, si alguien hubo antes que yo mismo, nadie llegó a saberlo. Ni siquiera yo.

Por supuesto que mi propio caso tampoco lo conoce nadie. No lo creerían, por otro lado. Nadie puede creer ciertas cosas, lo comprendo. Sobrepasan los límites de lo razonable, las fronteras de lo que se

considera posible.

Y, sin embargo...

Sin embargo, aquí estoy yo. Esta noche precisamente. Esta oscura, fría e inclemente noche invernal. Esperando...

Esperando a alguien. A algo. En un lugar tan lúgubre y siniestro como puede serlo un cementerio, por moderno que sea, por hermoso y cuidado que estén sus avenidas y en sus grandes bloques de nichos, como viviendas silenciosas y sin movimiento, en una callada, desolada ciudad de muertos.

Este cementerio donde ahora me encuentro al acecho, pendiente de la llegada de alguna persona. Alguien que, sin duda, se encaminará ahí, a ese hermoso y moderno mausoleo, rico y esplendoroso, orgullo de la familia Novak.

Los Novak...

Ese es su panteón suntuoso y suntuario un alarde de fastuosidad para más allá de la Muerte...

Ahí, precisamente *ahí,* tiene que suceder algo que aclare las cosas en mi confusa mente y me permita ver más claro. Aunque sea demasiado tarde para ello, y ya haya sucedido lo que tuvo que suceder.

Las cosas que han ocurrido, no pueden alterarse. Ni siquiera en este caso, pese a mi especial situación. Puedo, todo lo más, saber *por qué* sucedió aquello. E, incluso, quién sabe si llegaré a conocer también *quién* lo hizo... Eso será todo. Lo demás, es inamovible. Lo demás, no tiene ya remedio. Ha ocurrido, y eso es todo lo que se puede decir al respecto, por extraño que resulte cuando es uno, precisamente uno mismo, el protagonista principal del suceso.

Cuando uno está aquí, agazapado entre los setos y los esbeltos y tristes cipreses que elevan sus formas lúgubres a la oscura noche batida por el frío cierzo. Frente a ese hermoso panteón, última morada de los humanos, alarde final de los que hicieron de su vida ostentación, fausto y lujo sin límites, en un ridículo empeño de sentirse mejor que los demás, superior a todos, diferente a cuantos existen.

Ahora sé lo falso que resulta todo eso. Ante el panteón de los Novak, donde se lee ya una inscripción, en letras doradas —también el lujo prosigue en eso—, sobre un negro mármol claveteado con

remaches de oro también.

La inscripción de la primera persona sepultada en ese bello recinto de mármol y piedra. El primer miembro de los Novak que reposa en ese mausoleo soberbio…

«AQUI YACE RODNEY NOVAK.

FALLECIO A LOS VEINTIOCHO AÑOS,

VICTIMA DE UN ASESINATO INCALIFICABLE.

DESCANSE EN PAZ.»

Esa es la lápida. La primera en el panteón de los Novak.

Un hombre ha muerto asesinado. Un hombre reposa ahí dentro. Y nadie sabe por qué fue muerto. Ni tampoco por quién.

Pero eso sucedió.

No importa que ahora, en estos momentos, esa tumba esté vacía. No importa que allí no haya muerto alguno.

Ni siquiera importa que yo, Rodney Novak, espere agazapado frente a mi propia tumba, en esta fría y oscura noche, a la espera de algo que aclare las causas por las que yo fui asesinado.

Porque de todos modos, estoy muerto y lo sé.

He sido asesinado, y eso no puede cambiarse, a pesar de todo…

* * *

He sido asesinado, y estoy fuera de mi tumba.

Esperando, quizá, a uno de mis asesinos. O a varios de ellos. Esperando, frente a mi vacío mausoleo, mi última morada en este mundo. Este mundo al que, desgraciadamente, ya no pertenezco.

Porque mi mundo, mi reino actual, es éste donde me encuentro. Esta ciudad inmensa, oscura y callada que es el cementerio. Yo pertenezco a él.

Sólo que... quizá sea el primer hombre, el único ser humano que está buscando a sus asesinos, desde más allá de la muerte... y mezclado, además, con los propios seres humanos.

Sí. Eso es lo que sucede.

Eso me sucede a mí, a Rodney Novak.

- aun ahora, esperando a alguien que quizá ni siquiera se persone esta noche ante mi vacía sepultura del Cementerio Municipal, no puedo por menos de volver atrás mis recuerdos.
    - Y evocar los momentos en que nada había sucedido aún. Cuando Rodney Novak aún disfrutaba de su vida, entre los vivos.
    - Cuando todavía no me habían asesinado, y me creía el hombre más feliz del mundo, tan lleno de vida, de dólares, de ilusiones..., de todo.Sin saber que la Muerte estaba ya tan próxima, tan cercana a mí.
    - Sí. No puedo por menos de recordarlo, mientras el frío aire nocturno roza gélidamente mi piel, y yo apenas lo siento.Porque ¿cómo sentir el frío del viento en la noche, cuando no existe en parte alguna más frío que aquel del reino de los muertos, al que yo pertenezco ya de hecho, desde el momento en que me asesinaron?
    -

- *Primera Parte* *ANTES DE MI ASESINATO* CAPÍTULO PRIMERO

  Todo empezó aquella noche.

  Yo no podía saberlo, pero todo empezó allí. Justamente esa noche. Al menos, para mi persona.Antes de ese momento, de esa fecha, todo había sido rutinario y sin grandes emociones. Cuando abandoné mis estudios, estuve a punto de ir a la guerra vietnamita, pero me libré de ello providencialmente, y allí estaba ahora, lejos de toda posible violencia. O, cuando menos, es lo que yo pensaba.Uno nunca llega a creer seriamente que el peligro pueda estar cerca, y el enemigo en casa. Robert Kennedy escribió algo con ese nombre, y tuvo mucha razón. Su propia muerte lo demostró sin lugar a dudas. Pero mi caso era diferente. Yo no era un brillante senador, ni siquiera un político. No aspiraba a la Casa Blanca, sino a seguir siendo el que era, que ya era suficiente, a juicio de muchos millones de americanos.No todo el mundo puede ser un Novak. A mí no se me había ocurrido nunca semejante idea, pero creo que ello no hubiera cambiado en nada las cosas. Estaba previsto que todo sucediera así. Y así sucedió.Por eso repito que el principio estuvo en esa noche. En esa maldita e imborrable noche...Wanda había telefoneado poco antes. No vendría a cenar, lo cual no era una novedad. Su voz era seca y fría por teléfono, lo cual tampoco constituía ninguna nota de originalidad en nuestro bucólico panorama matrimonial.Para los cronistas sociales de la ciudad, el matrimonio Novak era la suma perfección. Una pareja joven, amante, en la que se aunaban la elegancia, la distinción, la belleza femenina, la personalidad masculina, y todo lo que convierte a un matrimonio normal en un romance digno de los *magazines* sentimentales de profusa ilustración gráfica.Personalmente, ni Wanda ni yo habíamos puesto nada de nuestra parte para que el mito se hiciera sólido e inquebrantable. Nos encontramos inmersos en esa maquinaria informativa, y aceptamos sus hechos, tan alejados de la realidad como la nebulosa de Andrómeda de nuestro sistema solar.Porque Wanda y yo nunca fuimos felices.Fue una boda de intereses financieros. Aun así, pudo haber resultado bien. Personalmente, confieso que fui un estúpido y llegué a sentir algo por ella. Me casé

enamorado, como se dice en estos casos.Luego..., ella me probó que no valía la pena. Para Wanda, yo era una registradora que siempre marcaba cifras de seis ceros, con el mágico signo del dólar por delante. Supe que podía amarme mucho menos que a su pantera de peluche habitualmente echada indolentemente sobre su lecho.He dicho *su* lecho. No es un error de redacción. Así eran las cosas en el feliz hogar de los Novak, ejemplo de tantos y tantos millones de hogares americanos. Pero, eso sí: se guardaban las apariencias. Cuando menos, había que tener la dignidad de que lo que nosotros sabíamos, no llegasen a saberlo los demás. Eso no hubiera arreglado demasiado las cosas.Solamente en una ocasión traté de hablar con ella de la cuestión, con cierta seriedad:—Wanda, ¿has pensado en la separación?

○ Ella me miró como si acabase de descender de un remoto planeta.—¿Separación? —se escandalizó—. Soy muy católica, Rod. Mi familia es de las más importantes de Nueva Inglaterra. ¿Qué pensarían ellos, qué pensaría todo el mundo, de algo semejante? Rotundamente... NO.No.Era su respuesta. No, a la separación. O al divorcio.

○ Estaban sus prejuicios. Su familia. Su prestigio. Y mis millones, claro. Separarse, era aceptar algo, un acuerdo amistoso. Lo que fallara el juez. Convivir conmigo, era seguir siendo la señora Novak.

○ No había más familia Novak que ella... y Stuart.

○ Stuart... Dios mío. Era como decir que sólo estaba ella.Stuart nunca estaba en ninguna parte. Al menos, que yo supiera. Borrachín, jugador y golfo de una pieza. Un vividor, un pillo redomado. Tenía líos con la justicia en más de veinte Estados de la Unión. Muchos, los había resuelto yo. Otros, andaban en el aire. Cualquier día, daría con sus huesos en la cárcel. Era un primo poco recomendable. Pero era un Novak, y no podía permitirme el lujo de ignorarle. Aparte de él mismo, de Wanda y de mí, ¿quién quedaba para lucir el apellido familiar, en vida o en aquel hermoso mausoleo, obra de mi padre que, sin embargo, por paradoja, falleció a bordo de un transatlántico lujoso, y en sus últimos momentos de lucidez pidió ser sepultado en el mar, sin más zarandajas, renunciando a la solemne inauguración del panteón familiar?

○ Así somos los Novak. Sólo que a mí... no me dejaron

ocasión de elegir otro destino mejor o peor. Tuve que inaugurar el panteón. Claro que entonces, esa famosa y terrible noche, yo no podía imaginarlo ni remotamente.Pero así fue.

○ Y yo no pude ni supe evitarlo. ¿Quién es capaz de saber, cuando empieza una noche fresca y apacible, con el cielo intensamente estrellado, y sólo veintiocho años a cuestas, que está empezando a vivir la última noche de su existencia?Creo que nadie. Yo, lamentablemente, no pude ser ninguna excepción...

○ * * *

○ Una estrella fugaz.Debía serlo, sin duda. La seguí con mirada curiosa, desde la terraza.Una estrella remota, que describía un centelleo en la noche. Por un momento, había parecido agrandarse y estar más próxima, más luminosa y radiante.Fue una simple ilusión óptica. La estrella se extinguió en el azul oscuro, casi negro. La brisa era fría, pero seca. Aun dentro de mi smoking, sentí un leve escalofrío. Miré en torno.El frondoso jardín abajo. Las luces de la casa a mi espalda. La televisión transmitiendo un programa deportivo. El panorama habitual. Nada extraño ni anormal en mi ambiente.Soledad también. Siempre soledad. Había servicio en la casa. Mucho servicio. Doncellas, mayordomo, cocineras... ¿Qué importaban ellos? Estaba solo. Muy solo.Mis ojos se fijaron en el teléfono, de suave color verde. Silencioso. Hacía poco que Wanda habló por él.—Wanda...Había pronunciado su nombre casi sin querer. Como un murmullo. Como una queja. Dolía mencionarlo, cuando ella no estaba. Era ridículo, pero aún sentía algo por ella. No sé si era amor, pero era algo.Una noche más, iba solo a alguna parte. Por huir de casa. Del hogar vacío, que nunca había llegado siquiera a ser un hogar. Ni siquiera sabía adonde ir. A casa de unos amigos, a un club nocturno, a un lugar donde fingir que me divertía. A fin de cuentas, siempre era igual: la diversión terminaba en borrachera. A eso, muchos le llamaban divertirse. Y quizá tuvieran razón.No era sólo la casa la que estaba vacía. Había más vacíos. En mí, en la noche, en el futuro...El futuro. Ni siquiera sabía si existía. No me preocupaba. No podía ser mejor que el presente, de eso estaba seguro. Pero tampoco peor.Me sorprendí a mí mismo pensando en ello, apoyadas mis manos en la balaustrada de la terraza, la vista fija abajo, en el oscuro jardín: la vida no me

importaba mucho. No le daba excesivo valor. Incluso una simple caída desde allí, podía terminar con todo. Y era tan fácil dejarse caer... Retrocedí, asustado. Sentí sudor en el rostro. Un sudor tenue y frío, como un sudario. Me sequé con mi pañuelo de seda. Respiré hondo y me retiré de la baranda. Volví al interior del *living,* luminoso y cálido. Cerré la puerta-balcón, notando que un escalofrío me seguía desde el exterior.Nunca me había ocurrido antes de ahora. No era una buena idea. Pero había llegado sigilosa, subrepticiamente. Como llega todo lo maligno, todo lo perverso...Yo, Rodney Novak, joven y millonario, había pensado en..., en morir. Y lo había pensado con una cierta sensación de alivio, de confortable sosiego.Era monstruo. O quizá sólo se debía a que la soledad y la noche no eran buenas consejeras. Sí, debía de ser eso.Cuanto antes saliera de casa, para ir a divertirme, tanto mejor. Si divertirse era olvidar un poco, valía la pena...Cuando alcancé el jardín, para dirigirme al garaje anexo, de nuevo vislumbré aquella estrella fugaz. Me pareció ahora algo más cercana, pero quizá era porque la oscuridad misma del jardín, y la presencia ominosa de los sombríos árboles y macizos de arbustos, daban mayor realce a todos los cuerpos celestes.El ramalazo estelar se disolvió en el infinito, y yo saqué el coche del garaje. Dejé atrás el jardín, la casa, las cercas de altas verjas...Avancé a través de la amplia cinta asfaltada de la ruta, bajo el cielo estrellado y sin nubes. Un recodo del sendero, hizo desaparecer de modo definitivo mi vivienda, mi jardín, y todo lo demás. Lo malo es que mis pensamientos no se quedaban en casa. Iban conmigo a todas partes.Puse el receptor de radio. Transmitía noticias. Cambié a otra emisora, hasta captar música bailable. La coreé entre dientes, mientras conducía con desenvoltura. A ambos lados, el paisaje desfilaba vertiginoso, siendo engullido a mis espaldas por la oscuridad. Los reflectores de mi coche eran dos torrentes de lechosa claridad proyectada hacia la noche.Relampagueos circulares de otros faros, se cruzaban con los míos esporádicamente. No había mucho tránsito en la carretera durante esta noche. Tres motoristas, tres jóvenes melenudos y vestidos enteramente de cuero, desfilaron junto a mí, como torbellinos, superando mi marcha sin dificultades. Sus motocicletas eran buenas y fuertes, pero conducir a semejante velocidad, era una completa locura.Fugazmente, había creído advertir sobre

ellos cruces gamadas, símbolos agresivos y hasta cadenas y objetos contundentes, colgados de sus asientos. Las manos, en los manillares, estaban enguantadas con fantasía y arrogancia.Así andaba todo. Se creían los dueños del mundo, y eran sólo mozalbetes sin dos dedos de cerebro, y muchas ideas mal asimiladas dentro de su cabeza. Lo malo era que creaban riesgos a los demás. Hay otra juventud, claro. Pero ésa no lleva cadenas ni anda desafiando al mundo.Hubiera sido fácil vencerles en aquella ridícula competición de velocidad. Mi coche era capaz de engullirles en un instante. Sólo que no quería entablar semejante duelo con nadie. No por falta de combatividad, sino porque era estúpido y sin sentido. No conducía a nada demostrar que era más rápido. El mejor, no es siempre el más rápido.Unos minutos más tarde, había olvidado el incidente por completo. Y con él, a los tres jovenzuelos. Sin embargo, ellos iban a significar algo en mi vida. Cuando menos, iban a ser algunos de los pocos que vi por última vez, antes de morir...La carretera se estrechaba en un punto del trazado. Había grandes peñascos y unas vallas fluorescentes que centellearon bajo la luz de mis faros. Recordé un reciente desprendimiento. Algo más allá, un desvío indicaba al conductor que tomase un sendero vecinal, una carretera de segundo orden, para alcanzar, por ese desvío, algo más lejos, nuevamente la ruta general.Obedecí, como es lógico, metiéndome por el desvío señalizado.Era una carretera angosta y en no demasiado buen estado. El asfalto hacía tiempo que había saltado en algunos puntos, obligando a los neumáticos a dar saltos incómodos sobre tan pésimo pavimento.No había dónde elegir, de modo que era preferible seguir adelante sin pensar en otra cosa que dejarlo atrás cuanto antes.Aceleré lo más posible, sin forzar demasiado la marcha, a causa de la propia irregularidad del piso. Mi coche respondió prestamente, y su excelente suspensión me hizo notar con menos intensidad los bruscos altibajos en el asfalto.De súbito, los faros de mi coche barrieron aquella forma tendida en plena carretera.Metí rápidamente el freno, y sentí que las llantas chirriaban bajo sus efectos, clavándose materialmente al suelo. Me paré en seco. Sentí el impulso hacia adelante, y no golpeé el parabrisas o el volante, de puro milagro. Respiré hondo, contemplando lo que la luz de mis faros revelaba.Era un cuerpo humano, como ya

advirtiera un momento antes, al dar el frenazo. Un cuerpo humano cruzado en la angosta cinta de asfalto. Abrí la portezuela y salté a tierra. Corrí hacia él, preocupado.Era una mujer.Una mujer de cabellos muy claros, tendida en la ruta, boca arriba, con el cuerpo algo ladeado. Había manchas oscuras en sus ropas. La falda era muy breve, y los muslos muy sugestivos. Vi sus zapatos lejos, perdidos a alguna distancia de donde yacía el cuerpo.Miré en derredor, sorprendido. No vi rastro de vehículo alguno. Cuando menos, la zona iluminada no me permitía descubrirlo. La oscuridad, más allá del chorro cegador de mis faros, era por contraste tan profunda e impenetrable, que hubiera podido ocultar incluso un jumbo completo, sin yo advertirlo.Pero lo cierto es que la mujer —joven y seductora, a juzgar por su apariencia—, distaba mucho de haber surgido de la nada. Y fuese como fuese, era preciso auxiliarla.Cuando estuve junto a ella, lo primero que hice fue presionar su carótida y examinar sus labios entreabiertos, en busca del pálpito y aliento vitales. Encontré ambos. Ella estaba viva, cuando menos, pese a que descubrí heridas en sus piernas y brazos, así como en su sien, muy cerca de la ceja izquierda.—Dios sea loado —mascullé—. Debo ver si puede ser trasladada al coche, para conducirla a algún sitio donde sea asistida...Me disponía a incorporarla, al advertir que no había huellas ostensibles de fracturas o lesiones graves, cuando capté aquel extraño ruido, no lejos de mí...Alcé la cabeza hacia su punto de origen, con repentino sobresalto.De nuevo los vi. A los tres.Venían hacia la muchacha rubia. Y hacia mí, por supuesto.No se veían ahora sus motocicletas salpicadas de adhesivos. Pero sí sus rostros angulosos, entre las largas melenas, sucias y descuidadas, y bajo los cascos de motoristas, caprichosos y fantásticos, con distintivos feroces, los más de ellos rabiosamente nazis.—Eh, amigo, apártese y siga su camino —dijo uno de ellos desabridamente.—Sí —añadió otro—. Es mejor que se largue. Cuidaremos nosotros de la chica.—¡Y de qué modo! —rió soezmente el tercero, clavando su mirada lasciva en las curvas desnudas de la muchacha. Al tiempo, agitó en su mano enguantada la cadena para pelear salvajemente—. Ande, es mejor que suba a su coche y se aleje lo antes posible. No sería prudente quedarse aquí... —No, no lo sería —corroboró el que primero había hablado, calzándose en sus nudillos una serie de aros de

hierro, con erizadas púas, capaces de destrozar a un campeón del peso pesado—. Hágame caso, señor. Nos molesta hacer pedazos una cara tan simpática como la suya. No va a obligarnos a ello, ¿verdad?El segundo del grupo se limitó a reír, malignamente, preparando una respetable pieza de plomo, una cañería capaz de abrirme la cabeza en dos, si me alcanzaba de lleno.Eran tres enemigos peligrosos. Faltos de responsabilidad, de inteligencia y de sentido de la convivencia humana, me triturarían a golpes, hasta asesinarme, dejándome allí olvidado, sin gran remordimiento de conciencia. Luego, incluso serían capaces de ultrajar a la muchacha y asesinarla igualmente.—Muchachos, os estáis metiendo en algo muy feo —avisé fríamente—. Voy a cargar con la joven y la conduciré a un sitio donde sea asistida. Aun estáis a tiempo de volver a vuestras motos y largaros de aquí. Seré compasivo y no os denunciaré por esta vez.—En, ¿oísteis al amable caballero? —se mofó el de la mirada lujuriosa, clavada en la muchacha de la carretera —. Incluso se atreve a darnos órdenes... Ha visto nuestras motocicletas por la carretera, no hay duda. Mala cosa es ésa. Si se larga sano y salvo, irá a denunciarnos a cualquier asqueroso polizonte. ¡Puerco burgués! Deberíamos darle un escarmiento antes de atender a esa pobre dama...—Sí, ¿por qué no? —aceptó el que capitaneaba el grupo, preparando sus temibles nudillos de hierro casi con placer. Avanzaron simultáneamente hacia mí—. Vamos allá... Lo siento, amigo. Habló demasiado. Usted mismo se lo ha buscado.Ya no había alternativas. Habían elegido el único camino que conocían y les gustaba: el de la violencia estúpida, gratuita y bestial. Se sabían superiores en todo: número, fuerza, medios de lucha...Muy superiores, sí, Eso les hizo atacarme con toda confianza, seguros de su triunfo.

- Y ése fue, primordialmente, su mayor error.
- Cuando quisieron comprender que era así, ya resultaba demasiado tarde. Habían perdido la iniciativa. Y empezaron a perder la desigual batalla en la que aparentaban tener, en su inicio, un mil por uno de posibilidades a favor.Sólo lo aparentaban, claro está.
- Y eso, ellos tres lo supieron ya un poco tarde...

Capítulo II

Me rodeaban por doquier, sin dejarme evasión posible. Eran ágiles, fuertes y decididos, como acostumbraban a serlo todos los de su calaña. Las calaveras, las cruces gamadas y todas esas simplezas que les hace creerse importantes o *snobs* de la violencia estúpida, salpicaban la indumentaria de aquellos *hell angels,* tan parecidos a los demás de su especie que circulaban por las carreteras del país, haciendo trepidar sus motocicletas y atemorizando a los pobres de espíritu.Estaban decididos incluso a asesinar, y posiblemente no sería la primera vez que lo hiciesen. La ley no suele resultar demasiado eficaz, al menos en mi país, cuando esa gentuza llega a los últimos extremos de su ferocidad animal.Su primera presa era yo. Luego, la muchacha accidentada quedaría a merced de sus sucios apetitos. Y, evidentemente, les resultaba una presa demasiado fácil.Es lo que pensaban ellos. Lo seguían pensando cuando uno lanzó sobre mi cabeza su cadena doblada, con fuerza, y otro me proyectó la barra de plomo en sus manos, para martillear mis piernas, derribándome.Ni me alcanzaron la cabeza, y mucho menos me derribaron. Por contra, la cadena silbó en el aire, y la barra de plomo no rozó siquiera mis piernas. Un doble salto, atrás y a un lado, hizo que ambos golpes no me alcanzasen. Al mismo tiempo, proyecté hacia adelante mis piernas, en una flexión acrobática, muy potente, en la que puse todas mis fuerzas al servicio del seco impulso.Uno de mis pies restalló sobre la mandíbula y boca del tipo de la cadena, a quien consideraba el más peligroso de los tres. Era un golpe de karate, preciso y contundente. Uno de los que mejor dominaba, y que la propia longitud de mis piernas hacía demoledor.Oí su alarido de dolor, y sentí el chasquido de los huesos rotos. Por su boca brotó un alud de sangre y dientes, mientras la mandíbula quebrada colgaba fláccida. Con ojos desorbitados por el horror, cayó hacia atrás, dando tumbos en la carretera. Sus dos compañeros le miraron, asombrados. Luego, dirigieron su mirada malévola hacia mí.—Cuidado —avisó uno al otro—. Tumbó a Jerry. Parece que el tipo sabe luchar... Será preciso utilizar otros medios...Y su zurda, sin que la diestra desprendiese los anulares de hierro punzante, extrajo algo que chascó

amenazadoramente. La claridad de las estrellas arrancó un frío centelleo en la hoja de acero.Una navaja automática. Podía lanzarla desde su emplazamiento actual y eso me pareció que intentaba, exactamente, dada su forma de moverse. Quedaba aún lejos de mi alcance, aunque yo saltara con todas mis fuerzas.El de la barra de plomo rió agudamente, y me lanzó otro golpe, por si me alcanzaba y, con ello, me dejaba enteramente a merced de las cuchilladas asesinas de su compinche. Ese fue otro de sus tremendos errores. Me puso en bandeja el procedimiento de evadirme a la amenaza de muerte.Cuando la barra de plomo caía sobre mi cabeza, la eludí en una finta muy ágil. Simultáneamente, y contra lo que él pudiera creer, no eludí el choque directo con él. Por el contrario, me fui hacia él, alargando mis brazos de luchador. Logré rodear su brazo un instante. Era suficiente.La llave rápida, enérgica, dobló su brazo y le hizo soltar un alarido de intenso dolor. Al mismo tiempo, le hice girar el cuerpo, llevado por el impulso de su brazo doblado a la espalda, y se quedó justo delante de mí.En aquel momento, había partido disparada la navaja, de entre los dedos del tercer rufián.El acero centelleó por el camino, como un dardo mortal dirigido hacia mi cuerpo. Lo vi venir, sibilante.Pero el otro motorista estaba ya en medio. La hoja punzante se clavó con un áspero y lúgubre chasquido en su estómago. Le oí aullar, trémulo, al tiempo que se estremecía entre mis brazos:

○ —¡No..., oh, no...! ¡Joe, me..., me has herido...! Le solté. El de los nudillos de hierro estaba mortal-mente lívido, y retrocedía ante el resultado de su acción. Solté al herido, que cayó de bruces, con la navaja hincada hasta la empuñadura en su estómago. Se la aferraba con manos crispadas, el rostro convulso.

○ Retrocedió más aún el tercer enemigo, solo ante mí. Me incliné a recoger la barra dé plomo, perdida por mi anterior adversario.Cuando le vi que emprendía la fuga, le lancé el objeto contundente con toda la fuerza de mi mano.Lo recibió en la nuca. Se paró en seco, bajo el duro impacto. Exhaló un gemido ronco y, abriéndose de brazos, cayó de bruces en la carretera, quedándose inmóvil, inconsciente por completo.Respiré con fuerza. Me había deshecho de los tres peligrosos individuos en un tiempo relativamente breve. Ahora, era el momento de atender a la persona herida.Me volví hacia la muchacha de la

cabellera intensamente rubia, de un rubio casi plateado a la luz de los astros.Me sorprendió ver que agitaba débilmente la cabeza, abría los ojos y se erguía poco á poco, mirando con extrañeza en torno suyo.Al fin, su mirada topó con la mía, tras recorrer los tres cuerpos abatidos. Hubo cómo un destello de inquietud en sus pupilas, de un fascinante color ambarino.—No se asuste —dije, acercándome a ella, conciliador—. Todo ha pasado ya. Esa gente quería atacarla. Son rufianes de baja ralea. No tiene ya nada que temer, señorita. ¿Se encuentra bien? Tardó en responder. Me miraba fijamente, con una fijeza que me resultó rara. No supe si sus ojos estaban fijos en los míos, o en mi frente. De hecho, pensé, debía de estar recuperándose de su inconsciencia, tratando de comprender lo que había sucedido. Me arrodillé a su lado, y no pareció asustada. Incluso dibujó una tenue sonrisa en su boca carnosa, de atractivo dibujo.—Sí —dijo dulcemente—. Me encuentro bien...De cerca, era infinitamente más hermosa que a distancia. Su rostro era un óvalo perfecto, y el cabello una cascada de plata suave, lisa, brillante. Los ojos eran profundos y enigmáticos.—Parece que sufrió heridas... —comenté.—No, no es nada —rechazó—. Simples golpes... Sufrí un accidente.—Lo imagino —asentí. Miré en torno—. Pero no veo vehículo alguno...—Debe estar allí —señaló ella a la oscuridad—. Volcamos, creo...—¿Volcaron? —repetí—. ¿Son..., son más de uno?—Sí —sus ojos revelaron inquietud—. Mi padre... y yo.Lancé una imprecación, y me precipité a mi coche, manejándolo durante un corto trecho y haciéndolo girar. La luz de los faros se proyectó hacia la zona en sombras.Entonces se hizo visible.Era un automóvil color aluminio. Estaba totalmente aplastado, retorcido y deforme. Su forma original resultaba difícil de describir, a la vista de su estado, pero me pareció que, aun así, se salía algo de lo corriente. No logré identificarlo como ningún modelo deportivo o turismo que yo conociera.Mi perplejidad debió ser advertida claramente por la dama del cabello de plata, porque la oí comentar dulcemente:—Era un prototipo nuevo, un coche experimental... Dios mío... ¿Qué habrá sido del pobre papá?No quise responderle, pero la verdad es que no me hice muchas ilusiones respecto a su suerte, si estaba dentro de aquel montón de chatarra en la zanja. Sin embargo, no era cosa de decírselo. Opté por descender a averiguar lo que

sucedía. Ella vino tras de mí, cojeando de modo ligero. Le ofrecí mi mano, y la aceptó. A mi contacto, su piel estaba fría.Rodeamos el coche destrozado. Observé sus ruedas, y aunque estaban virtualmente trituradas, su forma y su material me parecieron igualmente anormales. Pero, como ella dijo, era un prototipo en fase experimental, y eso explicaba muchas cosas.Además, ahora, lo que importaba era la vida de su ocupante, el padre de aquella hermosa criatura.Lo encontré de súbito.—¡Aquí está! —grité impulsivamente, al verlo casi a mis pies, entre los hierbajos y matorrales.Ella se apresuró a inclinarse, adelantándose a mi posición incluso.—Oh, papá... —gimió—. Parece..., parece que no ha muerto, ¿verdad?—No, no ha muerto —admití—. Y eso que el golpe ha debido ser terrible, al salir lanzado del coche, por fortuna para él... ¿Iban a mucha velocidad?—A..., a cosa de trescientas veinticinco millas —musitó ella.—Demasiada velocidad para esta carretera rechacé. E inmediatamente di un respingo, mirándola con asombro—. Eh, espere... ¿Ha dicho realmente *trescientas?*—No, qué tontería —suspiró ella, moviendo negativamente la cabeza—. Estoy aturdida... No me salen bien las palabras. Quise decir, naturalmente, de ciento veinticinco a ciento treinta... y me confundí al hablar.—Sí, claro —asentí—. No podía ser de otro modo. Esa es la velocidad de un avión, no de un coche... Bien, veamos lo que tiene su padre. Parecen heridas superficiales.

○ Lo examiné de cerca. Era un hombre relativamente joven, de tez bronceada. Su cabello era canoso, muy blanco. Y, como el de su hija, liso y bastante largo. Parecía también plateado, a causa de su acentuado tono claro. Era un hombre alto, musculoso y fuerte. Vestía un equipo completo de materia parecida a la piel, color azul oscuro, en dos piezas: cazadora ceñida y pantalón, igualmente apretado. Como un piloto de carreras. Pero por allí no había circuitos para desarrollar velocidades de prototipos.

○ Un momento más tarde, por fortuna, el hombre inconsciente abría los ojos. Vi que tenía las pupilas de un fantástico tono azul, limpio y luminoso, tan profundo como el ambarino de los ojos de su bella hija.Me miró largamente, en silencio. Luego, desvió sus ojos hacia ella. Hubo entre ambos un contacto sin palabras, emotivo y profundo, que llegué a intuir y percibir dentro de mí.—

Hija... —murmuró—. ¿Todo va bien?—Todo, papá..., menos el vehículo —murmuró ella.—Lo importante es haber sobrevivido —habló él apaciblemente. Me miró de nuevo—. Gracias, señor...—Nos ha ayudado mucho —habló ella—. Incluso..., incluso combatió y venció contra tres individuos peligrosos que me atacaron...—Entiendo —su mirada azul reveló gratitud profunda—. ¿Cómo podré pagarle todo esto, señor?—De ningún modo —sonreí, meneando la cabeza—. Vamos, lo que importa es ir a algún sitio donde les pueda examinar un médico, por si existen lesiones internas que no se advierten en principio. Yo les llevaré en mi propio coche hasta el lugar habitado más próximo, que es Endicott, si no me equivoco...—No, no se moleste —rechazó el hombre, incorporándose con cierta facilidad, pese a su aspecto, poco antes tan alarmante—. Creo que me encuentro mejor de lo que se podía pensar en un principio. Mi hija y yo iremos por nuestro propio pie a alguna parte...

○ —¿Por su pie? Por favor, hay mucha distancia entre este lugar y cualquier punto habitado. Es preferible que acepten mi invitación. En Endicott les podrán atender, tanto médicamente, como en lo relativo a su accidente. Además, están ahí esos individuos, dos de ellos malheridos y un tercero inconsciente. Nunca se sabe cómo puede reaccionar esa clase de gente, pese a verse dañados. Prefiero llevarles, no insista.

○ —Está bien —suspiro el hombre canoso—. Haga lo que guste, señor. Y gracias por todo, una vez más...—No tiene por qué dármelas. Creo que, en mi lugar hubieran hecho igual por mí.El hombre del cabello blanco me miró muy fijo. Asintió, muy despacio, con extraña expresión.—Sí —admitió—. De eso, puede estar plenamente seguro, amigo mío.Volvimos a la carretera. El jovenzuelo de la navaja en el estómago, había fallecido. El de la boca y mandíbulas destrozadas, yacía inconsciente, en estado de gravedad muy acentuada. El tercero, aún no había vuelto en sí, y ofrecía un corte sangrante en la nuca, allí donde golpeara la barra de plomo.—Informaré sobre todo esto a la policía —indiqué— Yo no me quedo en Endicott, sino que sigo hacia Buffalo. En Cortland tomo una avioneta que me dejará allí esta misma noche.

○ —¿Un viaje familiar, de negocios...? —Nada de eso —suspiré—. Un viaje de placer. —Entiendo. ¿Vacaciones, quizá? —¿Vacaciones? Sí, algo parecido... —me evadí, sin

más aclaraciones que aquellos extraños no tenían por qué saber. Y que, en el fondo, quizá tampoco entendieran—. Yo me tomo frecuentes vacaciones, pero lo cierto es que también trabajo más que muchos otros, en los períodos en que me toca permanecer activo. —Sí, todo en la vida se equilibra y compensa... Me siguieron hasta mi automóvil. Subieron a él. Se acomodaron ambos tras de mí, en el asiento posterior. Yo tomé el volante. Enderecé el rumbo del vehículo, y partí de nuevo en busca de la carretera, a través del desvío accidentado. Allá atrás, quedaron los tres jóvenes salvajes, reducidos ahora a un individuo inconsciente, otro malherido y un tercero sin vida. La policía se encargaría de que los supervivientes pagaran sus propias acciones.

○ A través del Estado de Nueva York, nos encaminamos a Endicott. Más tarde, yo seguiría hacia Cortland, donde la avioneta propia me conduciría hasta Buffalo. Era un largo viaje para divertirse. Pero quería que mi fin de semana fuese alegre. Y eso sólo podía suceder lejos de mi ámbito normal, lejos de mi casa, de mi vacía y solitaria casa...Quizá por ello procuraba ir cuanto más lejos mejor. Aunque no tuviera sentido. Aunque fuese un desplazamiento inútil y absurdo, ya que dicen que uno puede divertirse en cualquier sitio, y basta la voluntad de hacerlo, para, que así sea.Es posible que yo no tuviera voluntad. O que fuese difícil adquirirla. No sé, pero la verdad es que intentaba alejarme. Acaso evadirme. Acaso huir. Pero era una evasión inútil, una fuga ridícula. Porque nadie puede huir de algo que lleva consigo. Nadie escapa a sí mismo, por lejos que vaya.A mis espaldas, los dos viajeros, padre e hija, permanecían silenciosos, mientras el coche se aproximaba a Endicott. Salimos a la carretera general nuevamente. El asfalto era ya una ancha cinta regular, por la que resultaba fácil acelerar.Me pregunté qué clase de prototipo, en una ruta como aquella secundaria, podía desarrollar ciento veinticinco millas a la hora. Un coche de carreras, tal vez. Pero un turismo, era como ir a suicidio. Y habían estado a punto de ello.—No pude ver su automóvil bien —dije de repente, mirándoles por el retrovisor—. ¿Era un turismo o un deportivo?—Una mezcla de ambas cosas —dijo ambiguamente el hombre de pelo blanco. Su rostro y el de su hija, parecían flotar en el rectángulo de penumbras del retrovisor—. Muy rápido. —Sí, tenía que serlo. Pero la ruta no era la adecuada.—

Evidentemente, no lo era. El prototipo falló —fue el comentario de él—. O fallamos nosotros.

- —¿Conducía usted?—Conducíamos ambos —sonrió el hombre—. Esos vehículos tienen doble volante.Doble volante. Sin duda, era un verdadero prototipo. Me sorprendía que ellos lo condujeran. Y más aún por un desvío tan inadecuado. Pero no comenté nada.—Todo iba bien —prosiguió él tras un silencio—. Luego, de súbito, perdimos el control del coche, volcamos, nos estrellamos en las piedras, cayendo al fondo... y creo que ya puede imaginarse el resto.—Sí, me lo imagino fácilmente —asentí—. ¿El coche era suyo?—Puede decirse que éramos responsables de él —suspiró—. Su valor era demasiado alto para ser un objeto de propiedad.—¿Deberán responder ahora por su pérdida?—Evidentemente —sonrió la joven, inclinando su platinada cabeza.Conduje en silencio. Cosa de media hora más tarde, alcanzábamos Endicott. Les dejé frente al edificio iluminado del Hospital General. Me ofrecí para acompañarles. El rechazó amistosamente, apretando mi mano con cordialidad:—No, gracias. Deje eso, amigo. Ya hizo demasiado. Nosotros arreglaremos las cosas.—De todos modos, tomen mi filiación, mi matrícula y todo eso —ofrecí—. Acostumbra a ser válido en estos casos. Si me necesitan como testigo, me tendrán. Yo voy a presentar una denuncia contra aquellos tipos, en la oficina policial.Les tendí una tarjeta mía, donde anoté la matrícula de mi coche. El hombre de blancos cabellos me sonrió, agradecido, con una inclinación.—Le quedaré eternamente reconocido por todo cuanto ha hecho, especialmente por mi hija, y con riesgo de su propia vida —habló—. Hasta siempre, señor Novak.—Adiós, amigos —me despedí.Puse el coche en marcha. Me alejé. Sólo mucho más tarde, recordé que había omitido un importante detalle.
- Algo que nunca les pregunté a padre e hija: no sabía nada sobre sus nombres ni lugar de origen.
- Por fortuna, la policía no insistió mucho en ello, y el funcionario que atendió mi denuncia contra los motoristas, quedó en averiguar esos datos directamente en el hospital. Me dejaron partir, y seguí viaje hacia Cortlan.Poco más tarde, mi avioneta surcaba la noche, aquel viernes estrellado y tranquilo, rumbo a Buffalo, en el noroeste del Estado de Nueva York.

•

CAPÍTULO III

La avioneta sobrevolaba las poblaciones y la campiña del Estado de Nueva York.Su vuelo siempre había sido regular y seguro. Un buen aparato deportivo aquél. Me había costado caro pero valía la pena. Contemplé las estrellas, a través del parabrisas de la cabina de mandos. Ya no había astros errantes. Todas las luces celestes parecían claveteadas al fondo azul oscuro de la noche.La radio transmitía música ligera. Era como avanzar por una carretera. Pero sin problemas de circulación, sin curvas, sin desvíos...Sonreí, recordando los incidentes de aquella noche. Tres tipos se habían encontrado la horma de su zapato. Tuvieron mala suerte en elegir a su tipo, había que confesarlo. A fin de cuentas, ¿cómo podían saber ellos que se enfrentaban a un hombre lo bastante desocupado dentro de sus actividades, como para tomar lecciones de karate durante varios meses?Eso había sido providencial para mí. De otro modo, ahora estaría muerto, con un cobarde navajazo en el cuerpo. Olvidado en medio de una carretera, no lejos de donde una bella y extraña muchacha habría sido también víctima del vandalismo feroz y primario de un puñado de jóvenes que pretendían cambiar al mundo, haciéndolo sin duda mucho más feo y más sucio de lo que ya de por sí resultaba en la actualidad.La avioneta volaba a media altura y a velocidad no excesiva. Siempre había considerado que buscar riesgos innecesarios era como suicidarse un poco. Eludiendo la ocasión, hay quien dice que se elude el peligro, y quizá esté en lo cierto. Los Novak creo que hemos sido siempre demasiado conservadores. Nuestro origen centro-europeo se nota en muchas cosas. Aun así, yo era el menos conservador de todos.Y, sin embargo, no me atrevía a conducir mi avioneta a su máxima velocidad posible, ni siquiera en una noche apacible, sin tráfico aéreo ni problemas de visibilidad.Momentos más tarde, me felicitaba íntimamente de no haber acelerado demasiado la marcha del aparato.Ello fue cuando supe que la avioneta sufría una avería. Y empezaba a perder altura.Contemplé el altímetro, sorprendido. El descenso era demasiado brusco. La marcha del aparato, desigual y oscilante por momentos. Las agujas oscilaban en los indicadores.—¿Y qué mil diablos ocurre ahora? —mascullé con disgusto.No sabía qué estaba sucediendo realmente. Lo que sí podía saber, sin lugar a la más leve duda, era que el avión se iba abajo sin remedio. Y con bastante rapidez, por cierto.Intenté enmendar el fallo. No me fue posible. El aparato siguió resistiéndose a mis esfuerzos reiterados. La

altura era menor por momentos. Los bandazos y descensos, ostensibles, hasta agitarme convulsamente el estómago.Extendí las manos, tomando el paracaídas de un estante. Era algo que nunca antes pensé en hacer. Pero a la vista de las circunstancias, si demoraba esa acción un minuto más, podía serme fatal. La caída de la avioneta a tierra, fuese por la razón que fuese, significaría mi muerte segura.Intenté comunicar con algún aeropuerto cercano, ya fuese militar, civil o simplemente un aeroclub de aficionados, pero de repente la propia radio de a bordo parecía unirse a la avería general, y emitía unos *bip-bip-bip-bip* incansables e invariables, sin permitirme captar otro sonido ni, posiblemente, transmitir ninguno de los que yo emitía a la desesperada.Me ajusté, por tanto, el paracaídas. Puse el piloto automático, porque tanto daba eso como manejar por mí mismo el timón de a bordo, y mientras la avioneta iba cayendo más y más, con un sonido sibilante en el motor, y un alarmante chirrido en las alas, me precipité a la puerta de emergencia.La abrí y, sin vacilar, cuando descubrí la corta distancia que me separaba relativamente del suelo, me precipité al vacío.Por el camino tiré de la argolla de mi paracaídas.La seda se desplegó, majestuosa, sobre mi cabeza como un enorme hongo blanco, flotando en la noche bajo las estrellas.Mi avioneta se alejó allá a mi izquierda, en un descenso pronunciado. Su destino, inexorablemente, era un bosquecillo cercano, donde el aparato se haría pedazos de modo irremediable.Yo, entre tanto, flotaba ya, tras el brusco tirón de las bandas que me sujetaban al paracaídas.Pero eso duró apenas un instante.Luego, de repente, un sonido agudo, sibilante, sobre mi cabeza, me hizo alzar la mirada, al tiempo que mi cuerpo se bamboleaba en el vacío, con violenta y extraña intensidad.La sangre se heló en mis venas.¡El paracaídas...!Tras abrirse, se había desinflado vertiginosamente, formando una fláccida bolsa blancuzca e inútil, a cuya extremidad, mi cuerpo era un lastre que descendía vertiginoso, hacia tierra firme.El paracaídas se había desgarrado súbitamente, en un jirón formidable, de lado a lado de su forma de hongo. Tan súbitamente, que sólo se me ocurrió una razón plausible que justificara aquel repentino destrozo:¡El paracaídas estaba ya *previamente* desgarrado, aunque en forma inapreciable!Luego, bastó la presión del aire para ampliar el desgarro fatalmente.Sí, fatalmente. Porque ahora, ya nada ni nadie podía salvar mi vida. Vi venir hacia mí, a velocidad de vértigo, dando volteretas enloquecedoras, a la tierra toda, dividida en caseríos, caminos, setos, bosquecillos y tierras de labranza...Me proyecté brutalmente hacia tierra. Miré a un lado,

de modo borroso, y el estallido de mi avioneta, al entrar en contacto con el suelo, reventando en una llamarada que iluminó crudamente el cielo estrellado y la campiña extendida a mis pies, fue solamente el prólogo a mi propio impacto de muerte en el suelo.Supe lo de la avioneta, pero no lo mío propio.Choqué, eso era evidente. Me estrellé en tierra de modo brutal.Allí acabó todo para un hombre llamado Rodney Novak. Allí encontré mi muerte violenta y prematura.Allí supe que había dejado mi vida atrás.Y allí, también, de un modo fugaz, pasajero, en el trance intangible entre la vida y la muerte, supe que no era un accidente. Que no podía ser un accidente.Supe que me habían asesinado.Pero no supe quién. Ni por qué.Luego, ya no supe nada de nada. Ya no fui nada.Sólo un hombre muerto en la campiña del Estado de Nueva York. Un cadáver con un paracaídas averiado, enganchado entre los arbustos.Un cuerpo que no se movía, unos ojos que no veían, un corazón que no latía, una sangre que no circulaba. Una mente que no funcionaba.No era nada. No era nadie.Sólo un muerto…Rodney Novak, muerto en accidente provocado. Rodney Novak, víctima de un asesinato… Sólo eso.

•

• —Rodney Novak, víctima de un asesinato...El capitán Lyman Franciscus, de la División de Homicidios de Nueva York, sacudió la cabeza con abatimiento, apartándose del féretro que contenía el cuerpo del difunto.No había sido precisa la autopsia. La muerte, producida por el impacto en tierra del infortunado viajero de la avioneta, era indiscutible. No mediaron otros factores, evidentemente. Ni era preciso buscarlos.Las mayores evidencias, para el capitán Franciscus estaban allí, ante él: un paracaídas desgarrado. Y la «caja negra» de la avioneta, conteniendo los datos técnicos del aparato, y todas sus informaciones mecánicas.El veredicto de todos los expertos era idéntico:«Manipulación criminal en los controles de a bordo» Y desgarro intencionado de la seda del paracaídas, que luego volvió a ser cuidadosamente montado de nuevo. De ese modo, Rodney Novak no tenía la menor posibilidad, cuando el accidente tuviera lugar en pleno vuelo como se había previsto.Un crimen execrable, pensaba el policía con disgusto. No recordaba a ninguna persona que fuese menos capaz de crearse enemigos que Rodney Novak. Joven, cordial humano y sencillo, pese a su alta, posición social y económica, resultaba difícil imaginarse a un adversario lo bastante lleno de odio hacia él como para planear aquel asesinato a sangre fría.Se seguía investigando rutinariamente el caso; pero resultaba difícil hallar alguna pista concreta. Un avión destrozado no deja huellas. Un paracaídas manipulado, si lo fue con manos enguantadas, menos aún. En suma, todo resultaba negativo en aquel caso, para disgusto de Franciscus.No pensaba sólo como policía, sino como viejo amigo de la familia. Los Novak eran alguien en Nueva York. Lo habían sido durante años. Pero, muy especialmente, habían sido gente sociable y abierta. Su viejo panteón, en el antiguo cementerio, era ya simple monumento histórico. Ahora, un nuevo mausoleo, obra del padre de Rodney, pero que él no llegó a estrenar por propia voluntad, ya que pidió ser el último miembro de la familia a sepultar en el antiguo, esperaba a los nuevos miembros.Rodney estrenaría ese túmulo funerario. Sobre eso, en estos momentos, no había ya duda alguna.Al capitán Franciscus le resultaba casi increíble imaginarse al joven Rodney sin vida. Incluso viéndolo allí, a través del vidrio de su féretro, tendido en su lecho final, uno difícilmente admitía que estuviese muerto en accidente aéreo. Más bien parecía dormido. Céreo y tranquilo. Dormido en un largo sueño sin principio ni final. El eterno descanso, demasiado prematuro para un hombre

tan joven y lleno de posibilidades en el futuro.Pudo haberse destrozado la cabeza al caer, pero el destino, en medio de su infortunio, fue piadoso con él. Solamente una fractura de base del cráneo y unas lesiones cerebrales internas le bastaron.Así murió en su choque con el suelo del Estado de Nueva York, que le viera nacer y le había visto extinguirse, el joven miembro de los Novak.Alrededor del féretro, el espectáculo de costumbre: la viuda enlutada y triste, de pálido rostro. Los amigos, las relaciones sociales, los empleados y personas afines...Y Elmer Darrin.Sobre todo, Elmer Darrin.

- El capitán se preguntaba cómo era posible que hubiera tenido tal audacia, al presentarse en el funeral, por mucha que fuese su amistad con la viuda. Elmer Darrin era la única nota discordante en el oficio fúnebre por el alma del extinto. Eran muchas las miradas de soslayo a él dirigidas, los murmullos y cuchicheos entre los que se hallaban allí reunidos...Todo ello tenía por objetivo a Elmer Darrin. Pero él, siempre altivo, distante y lleno de cínica suficiencia, lo soportaba fríamente, sin inmutarse. Como si nada de todo aquello fuese realmente con él. —Capitán, resulta extraño que Darrin se halle presente aquí —le había sugerido alguien al policía, apenas terminados los oficios —. La viuda Novak hereda la totalidad de la fortuna de Rodney Novak, una vez desaparecido él. Dada su profunda y extraña amistad con Darrin, ¿no diría un policía como usted que ello resulta un motivo ideal para planear y ejecutar un crimen?El capitán Franciscus se había limitado a mirar al que hablara, con dura expresión, manifestando entre dientes, con desabrido tono: —Amigo mío, si la policía se dejara llevar siempre por deducciones semejantes, es muy probable que todos sus miembros estuviéramos encarcelados muy pronto... ¡por calumnia contra personas inocentes!Ello hizo enmudecer al insinuante de turno. Pero Franciscus sabía que esa insinuación iba más allá de una simple sugerencia aislada. Sin necesidad de recurrir al Gallup y sus casi infalibles cifras, hubiera podido afirmar que un noventa por ciento de los presentes tenían una idea semejante al respecto.Incluso él mismo, se tuvo que confesar, no andaba muy seguro de que fuese ajeno a tales sospechas...Contempló de soslayo a la viuda Novak, mientras fingía charlar con un periodista del *New York High Society,* famoso magazine mensual dedicado al mundo de la mejor sociedad local y, por ende, de todo el país prácticamente. Sus respuestas ambiguas a las preguntas del reportero, nada decían ni en nada le comprometían. Entre tanto, vigilaba disimuladamente a la enlutada dama.Todos sabían de las

diferencias abismales que separaban íntimamente a los Novak. El suyo fue un matrimonio fallido. Aparentemente, las causas resultaban oscuras, puesto que ella era una muchacha inteligente, hermosa y atractiva, y él un hombre envidiable, risueño, cordial y enamorado, que, por otro lado, hacía suspirar con su viril atracción a muchas, muchísimas jovencitas de la nación, al margen de su propia valía como millonario.

Pese a todo, Wanda y él habían fracasado rotundamente en su enlace, y eso no era un secreto para nadie. Mucha gente se había preguntado los últimos meses cuánto tiempo tardarían en afrontar el divorcio, con todas sus consecuencias, como única solución factible a su tensa relación actual.

La muerte había zanjado todo posible conflicto como supremo juez en cualquier cuestión. Ya no había que hablar de separaciones ni diferencias. Wanda era la viuda, la mujer definitivamente libre. Rodney, el difunto, el esposo desaparecido.Por medio, una suma superior a los cien millones de dólares en efectivo, y tal vez otros quinientos o seiscientos en industrias y bienes, pasaban a ser exclusivamente de Wanda Novak, la viuda sin hijos.Casi mil millones de dólares, eran demasiados cientos de motivos para un simple asesinato. El capitán Franciscus no dejaba de pensar en ello. Pero, por otro lado, ¿recurriría una esposa en tan conocida situación, a un medio tan claro y acusador para terminar con su marido? ¿Lo haría ella o lo haría su buen amigo Elmer Darrin, de quien se decía que era su más asiduo acompañante a las reuniones sociales, con esos cientos de millones por único objetivo? ¿Había algo más que amistad entre Darrin y la viuda Novak?De haber una respuesta afirmativa a cualquiera de esas posibilidades, demostrarían ser demasiado ingenuos, al pensar que la policía no iba a preocuparse de ellos en absoluto.Por tanto, Franciscus no se atrevía a formular un criterio acusador. No aún, por lo menos. Era preciso, investigar más, mucho más que la simple presencia de Elmer Darrin, con su rubia y vigorosa apostura, en el funeral de Rodney Novak.Los demás asistentes al funeral, le interesaban mucho menos. Eran, en su mayoría, empleados y amigos del fallecido. Su socio, Warren Canary, deambulaba por allí, con expresión sombría, como un alma en pena. Y también Dyan Garfield, la muchacha de quien se decía que pudo haber sido la perfecta señora Novak, si Rodney no hubiera sido tan necio como para no verla, de tan cerca como la tenía, dejándose deslumbrar por Wanda. Ahora era la responsable del Departamento de Producción de las Industrias Novak, pese a sus veinticinco años de edad. Y a juzgar por todos

los indicios, Rodney había muerto sin fijarse jamás en ella como otra cosa que una eficiente trabajadora al servicio de la empresa.Grave error el de Rodney, pensó para sí el capitán Franciscus. En estos momentos, Dyan era la que revelaba mayor congoja y dolor, mayor impresión por lo sucedido. Virtualmente, era un espectro en medio de una brillante e indiferente reunión social en torno a un cadáver. Pálida, demudada, triste y silenciosa, con forzadas y frías sonrisas de vez en vez, Dyan Garfield demostraba ser la única que, de verdad, sentía la muerte de su ex jefe.—Amigo, espero que ya no seas capaz de distinguir entre el bien y el mal de los humanos —refunfuñó Franciscus junto al féretro, contemplando el rostro yerto de Rodney, a través de la mirilla de cristal del suntuoso arcón funerario—. Porque si fuera así, sabrías que tu vida fue una sarta de errores irreparables. Ahí tienes a tu esposa Wanda, con un luto que no siente, derramando lágrimas de cocodrilo mientras piensa en los que ahora son ya *sus* millones. Sus cientos de millones... Y Elmer Darrin, mosconeando en torno de ella, como atraído por el panal de apetitosa miel... Y tu socio Canary, preguntándose cuánto le corresponderá en la reorganización de tus empresas, de las que quizá sea nombrado en breve director general, con un buen puñado de acciones a su nombre... Y tú primo Stuart, el único Novak que vive, quien ni siquiera acudió al funeral, quizá porque esté demasiado ocupado jugando en Las Vegas... o eludiendo a sus acreedores... Pobre Rodney. Fuiste un buen amigo, muchacho. Lo siento de veras. No sé si alguno de esos pajarracos fue quien averió tu avioneta y desgarró tu paracaídas, pero... ¿importa mucho eso en estos momentos? ¿Importa que uno u otro te asesinara, si no es de cara a una acción legal? Todos son felices con tu desaparición, muchacho. Todos... menos Dyan Garfield y yo. Yo, porque te aprecié. Y porque soy un policía y no me gusta que maten a una persona. Pero Dyan... no lo sé. Tal vez porque fue la única que, en realidad, llegó a amarte de verdad, Rodney, muchacho. ..Desde el otro lado del vidrio, el rostro yerto de Rodney Novak, era una simple máscara cérea, inexpresiva. Era solamente la faz de un hombre muerto, y no podía expresar nada ni darle una respuesta.No podía enterarse ya de nada. No podía oírle.O por lo menos, eso pensaba el capitán Franciscus, de la División de Homicidios de Nueva York...

CAPÍTULO II

El funeral definitivo, tuvo lugar a las pocas horas de los oficios fúnebres de *córpore insepulto.*Se abrieron las puertas claveteadas de oro del suntuoso panteón de los Novak. El féretro pasó a su interior. Fue introducido en el primer nicho de la derecha, alargado y amplio. Tan amplio como si el difunto tuviera que respirar dentro de él durante varias horas.Otra losa de mármol fue ajustada con tornillos dorados, y fuertemente asegurada al hueco rectangular.Regresaron los componentes del cortejo al exterior, abandonando la cripta. Se cerró la puerta de verja metálica, asegurándola con candado y llave. Otra puerta de hierro se ajustó después.El entierro de Rodney Novak había terminado.Por el sendero de cipreses, se alejaron todos, invitados y funcionarios del recinto fúnebre, tras la operación terminada. Un ominoso silencio se hizo dentro del panteón. Y también en derredor, fuera del mismo.La muerte se enseñoreó de aquel mundo donde solamente ella existía. Rodney Novak comenzaba a ser historia. Simple historia. La de un hombre joven y demasiado rico, que no tuvo suerte en la vida. Ni tampoco en la muerte...

* * *

—¿No va a hacer nada, capitán? —Señorita Garfield, usted sabe que sí. Estamos trabajando en ello activamente...

—¿A qué le llama «trabajar» activamente? ¿Conocen ya al autor del asesinato? ¿Tienen alguna sospecha cierta?—Bueno, usted trata de ir demasiado de prisa —resopló el policía—. Aquí no podemos dejarnos guiar por corazonadas o por simple amistad. Rodney Novak era un buen amigo nuestro. Aunque no lo hubiera sido, su asesino sería buscado con igual afán.—No es un crimen vulgar, capitán —le avisó Dyan Garfield—. Recuerde que cualquier persona no tiene acceso a su avioneta, a su paracaídas...—Señorita Garfield, hemos comprobado ya eso. Los mecánicos del aeródromo deportivo de Cortland, niegan que en su última revisión ofreciera esa avioneta problema alguno, y ella tuvo lugar hace cinco días exactamente. Esta era la primera vez que se utilizaba el aparato y, en buena lógica, debía estar en perfectas condiciones. Igual sucedía con los paracaídas de las plazas máximas toleradas por esa avioneta. Hay que suponer que alguien, en estos últimos días, entró subrepticiamente en el hangar y manipuló avioneta y paracaídas. Quienquiera que fuese, es un experto en todo ello, o la maniobra hubiera sido fácilmente visible antes de despegar.—Por eso le dije que no es un crimen vulgar. Tuvo que ser alguien muy conocido de

Rodney. Alguien que tuviera acceso al hangar, que conociera sus costumbres, la avioneta, todo en absoluto.—Conforme, pero ¿quién? El señor Novak tenía relación con infinidad de personas, social, empresarial o familiarmente. ¿Usted acusaría a alguien en concreto?Dyan Garfield pestañeó. Sus ojos verde oscuros fulguraron. Su boca carnosa se frunció en un mohín inquieto. Parecía a punto de decir algo, pero se contuvo. Se echó atrás. Y, finalmente, negó con la cabeza, casi a la fuerza.—No —admitió—. No acuso a nadie. No puedo hacerlo.—¿Porque no sabe a quién acusar, o porque... no tiene pruebas contra nadie?—Porque no tengo pruebas, capitán —suspiró ella—. De otro modo, acusaría.—Siempre cabe la posibilidad del error, recuérdelo. Es muy arriesgado señalar a alguien, cuando no tenemos evidencia de su culpa, diga lo que diga nuestro instinto, señorita Garfield.—Es posible. Yo sólo le pido eficacia, capitán. Rodney se merece que haya justicia. Que su asesino pague tan vergonzoso crimen...—Mire, estamos haciendo todo lo posible. La noche de su muerte, sucedieron algunas cosas que me han movido en una dirección, inútilmente hasta ahora. Antes del suceso trágico de la avioneta, Rodney Novak protagonizó otro hecho extraño...—¿Otro hecho? —se sorprendió la joven secretaria—, ¿A qué se refiere?—Verá... En Endicott, adonde llegó su automóvil, denunció esa misma noche un ataque de que había sido objeto, en el desvío de la carretera general, por parte de tres jóvenes motoristas, tres tipos de esos conocidos como *hell angels,* armados con cadenas, barras de metal y nudillos de hierro. E incluso con una navaja.—¿Eso sucedió, realmente?—La denuncia fue puesta personalmente por Rodney Novak. Está su firma en el documento, la inscripción de sus documentos y todo lo demás. También hizo constar allí algunas cosas más, harto curiosas. Según el señor Novak, los tres rufianes se proponían abusar de una joven herida en la ruta, por accidente. La libró de ellos, y en la lucha, uno de los jovenzuelos mató a otro con una navaja destinada al señor Novak, otro recibió un golpe de karate de éste, resultando con la mandíbula rota, y el tercero perdió el conocimiento, golpeado por la barra de metal. La joven fue así salvada del peligro, se recuperó y, junto con su padre, que yacía en una zanja cercana, junto a los restos de un coche color aluminio, un raro y moderno prototipo hecho pedazos en un accidente, aceptó ir hasta Endicott con él, para ser ambos reconocidos de sus heridas en el Hospital General de esa localidad. Luego, el señor Novak prosiguió camino hacia Cortland, para tomar su avioneta rumbo a Buffalo. La policía local prometió localizar a padre e hija en el hospital y confirmar

declaraciones, yendo de paso a recoger a los jóvenes malheridos.—¿Y bien? ¿Qué sucedió, entonces? —indagó Dyan, profundamente intrigada—. Es un curioso suceso, pero no veo que pueda tener algo que ver con el asesinato…—Y tan curioso, señorita Garfield —suspiró el policía con abatimiento, sacudiendo la cabeza—. ¿Sabe lo que ocurrió cuando la policía fue al hospital? Que nadie había ingresado allí esa noche con herida alguna de accidente de tráfico, y menos un padre y una hija tan peculiares, con el cabello blanco de nieve él, y platino intenso ella…—¿Están seguros de eso? —dudó Dyan, asombrada.—Por completo. No se registró accidente alguno en toda la noche, en dicho centro hospitalario.—¿No lo pensarían mejor ambos accidentados, y renunciaron a hacerse examinar? Hay personas a quienes molesta verse envueltas en diligencias de ese tipo, y optan por un médico privado, pongamos por casó…—También he pensado en ello. Pero ahora, escúcheme bien. Lo que viene, tiene mucha menos explicación, e hizo dudar a la policía de Endicott sobre el verdadero estado mental del denunciante…—¿Qué quiere decir? ¡Rodney Novak siempre fue una persona equilibrada y serena! —se irritó Dyan, con énfasis.—Conforme: usted y yo sabemos eso. La policía de Endicott, no. ¿Y sabe por qué? Sencillamente, porque al buscar ese desvío… ni encontraron a los tres melenudos de las motocicletas, ni al prototipo color aluminio siniestrado… ¡ni siquiera había o hubo desvío alguno en esa zona de la carretera, durante toda la noche en cuestión!

• CAPÍTULO III

• —¡Querida...! Al fin ha desaparecido el único obstáculo entre nosotros...—Oh, Elmer, por favor. Ten serenidad... —le contuvo ella—. No es tiempo aún. No sería prudente...—¿Por qué no, Wanda? Eres viuda. Ya, nadie puede meterse en tu vida privada...—Claro que no —habló la señora Novak, mirando fijamente a su interlocutor—. Pero recuerda que Rod no murió de una pulmonía, ni de un ataque cardíaco. Ni siquiera en un accidente desgraciado. El veredicto forense es bien claro: asesinato...—¿Qué puede importarnos eso, Wanda? —la buscó nuevamente con sus brazos—. Tú no le has matado, después de todo...—No, eso es bien cierto —afirmó ella fríamente—. *Yo* no lo he matado, Elmer, pero *¿y tú?*—¡Wanda! —se sobresaltó Elmer Darrin, abriendo mucho sus ojos—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué locura es ésa?—No te he acusado de nada, querido —sonrió ella maliciosamente—. Sólo te pregunté si tú tampoco lo habías hecho.—Cielos, claro que no... —jadeó Darrin—. Bien lo sabes, Wanda...—Elmer, yo no sé *nada* —le rectificó ella suavemente—. No estuvimos juntos la noche de su muerte. Aunque admito que el daño en la avioneta y el paracaídas pudo haberse realizado antes. Pero mucha gente dirá que yo, la mujer que hereda sus millones, fue la culpable. Y también, no te quepa duda, otros dirán que tú pudiste hacerlo, para cazar luego la fortuna heredada por mí... E incluso habrá quien insinúe que ambos lo hicimos en sociedad, Elmer.—Wanda, estás diciendo atrocidades... —humedeció nerviosamente sus labios Elmer Darrin—. Nadie tiene pruebas de nada, y menos contra nosotros, que nada hicimos...—Yo, insisto, sé que nada hice, pero ¿lo hiciste tú? No puedo afirmar tu inocencia a ojos cerrados, Elmer, compréndelo.—¡Diablo, Wanda! —se enfureció al fin Darrin—. ¿Qué mosca te ha picado ahora? ¿Es que los millones de Novak te han cambiado la mente? Según eso, yo podría decir, con mucho más motivo, que tú entraste en esa avioneta y preparaste todo. Eras su esposa, tenías libre acceso a sus cosas, conocías sus costumbres a fondo...—Y tú, querido, tienes el título de piloto, ¿lo olvidaste ya? —rió ella, sardónica—. ¿Qué cosa más fácil para un experto que alterar unos aparatos de a bordo y estropear un paracaídas disimulándolo luego? Es lo que diría un jurado...—¡Wanda! —aulló Darrin, palideciendo—. ¿Estás a mi lado o contra mí, por todos los diablos?—A tu lado, querido —rió ella suavemente—. Pero no olvides que las acusaciones pueden ser mutuas, y nos conviene estar unidos, aunque no demasiado. Hay sospechas, y conviene eludirlas, amor mío. Cuando pase un tiempo, unas semanas o unos pocos

meses, será el momento de vernos de nuevo, de hablarnos, de planear algo para el futuro...—¡Semanas! ¡Meses! —se escandalizó Darrin—. Querida, bien sabes que mi posición económica es bastante difícil últimamente. ¿Qué puedo hacer durante este tiempo, apartado de ti?—Trabaja en algo.—Si trabajo, haré sospechar a la policía. Dirán que trabajo para apartar recelos de mi persona...—Y si no trabajas, dirán que te mantengo yo —fríamente, Wanda puso ante él un sobre cerrado, en blanco—. Es la verdad, pero no tienen por qué saberlo. Ahí tienes un cheque al portador por valor de doscientos dólares. Son de mi propia cuenta, no la de Rodney. No conviene por el momento mover su fortuna. Pero trabaja, Elmer, o no habrá más cheques. Haz algo que convenza a los demás de que vives con tu propio salario. Y no vuelvas por aquí en un mes, a menos que ocurra algo anormal. Es una orden, Elmer.—Sí, Wanda —tomó el sobre, que guardó rápido, mirándola pensativo—. Lo malo de esto es que ahora eres la dueña de todos esos millones. Tienes demasiada fuerza en tus manos. Me pregunto si, en vez de serte útil, si en vez de sentir aún algo por mí, no te estaré empezando a resultar un estorbo, a alguien a quien conviene mantener lejos mientras se puede... y a quien no se dudaría en eliminar cuando llegara a ser demasiado incómodo.—Hablas como si yo fuese la persona que mató a Rod —dijo Wanda con una risa sarcástica—. Querido, por el momento todo sigue igual que antes. Pero deberás demostrar más cerebro que hasta ahora, si no quieres que, inocente o culpable, termines tú en la celda de la muerte, y me hagas ir a mí también, sin causa ni motivo... Recuerda: dentro de un mes. Ni un día antes.—A menos que suceda algo imprevisto —le recordó él.—Eso es. A menos que suceda algo imprevisto. Y no tiene por qué suceder. Vete ya, Elmer. No cometas más errores, querido...El intentó besarla. Wanda se apartó vivamente, y le señaló la puerta, con ojos centelleantes de ira. En silencio, dócilmente, Elmer Darrin abandonó la estancia.—¡Pobre imbécil! —silabeó entre dientes la viuda Novak—. Realmente, empieza a ser un peligro...A espaldas de ella, sin que Wanda lo hubiera advertido, una cortina se deslizó sigilosamente, sin el más leve ruido. Unos ojos agudos dejaron de observar la escena. Unos pasos cautelosos se alejaron del lugar. Una puerta se cerró suavemente, y el hombre que sorprendiera la entrevista de la viuda y del arrogante y desaprensivo Elmer Darrin, rió entre dientes, huecamente, camino de un ascensor del alto y deslumbrante Edificio Novak, en pleno centro de Manhattan.—Buenas tardes, señor Canary —dijo un empleado al cruzarse con él, respetuoso.—Buenas tardes

—respondió Warren Canary, antiguo socio del difunto Rodney Novak, y actual presidente del consejo de administración de las industrias Novak Algamated.Luego, nuevamente a solas, volvió a reír, comentando para sí:—¡Imbéciles...! Ni siquiera se dan cuenta de que los tengo en mis manos... y de que yo soy, realmente, el que más va a beneficiarse de la bendita muerte del ilustre Rodney Novak, a quien Dios haya concedido el eterno descanso...Su risa tuvo mucho de burlona, de despectiva. Los ojos, al fijarse en un retrato de Rodney Novak, que aparecía en primera plana de los diarios de aquella fecha, cuando bajaba en el ascensor en compañía de otras personas, reflejaban desprecio y odio hacia el prohombre desaparecido prematuramente de este mundo.

-
- * * *
- Las manos del hombre sostenían el periódico recién aparecido.En primera plana, la fotografía de Rodney Novak, orlada de negro. A su lado, uno de los grandes titulares de los rotativos de aquellos días:
    - «TRAS EL FUNERAL, LOS NOVAK VUELVEN A LA NORMALIDAD. RODNEY ES SOLO UN RECUERDO. PERO LA POLICIA SIGUE BUSCANDO AL ASESINO QUE MANIPULO EN LA AVIONETA Y EN EL PARACAIDAS.»
    - —Así son las cosas, hija —habló el hombre apaciblemente—. Ya empiezan a olvidarle...—Sí, padre. Sabía que ocurriría de este modo. La gente es extraña aquí. No siente nada por nadie. No ama realmente a nadie.—No deberíamos mezclarnos en sus cosas, después de todo. Parece que no se merecen nada.—Pero está él, padre.—Cierto, hija. Está él... —suspiró el hombre, con cansancio, contemplando la fotografía impresa—. No sería justo olvidarlo todo.—No, no sería justo. Hizo mucho por nosotros, padre. Especialmente, por mí.—Ya lo pensé antes. Por eso me permití ciertas libertades. No lo hice por simple juego, ya sabes cómo pienso sobre esas cosas. Cada cosa debe responder al orden establecido. Romper el equilibrio, conduciría a un desastre. Pero por esta vez... creí que...—Te entiendo, padre. Creíste que valía la pena intentarlo. Cuando menos, en un principio. Luego, siempre se estará a tiempo de rectificar, de volvernos atrás... y dejar todo tal como lo encontramos.—Exacto. Es una travesura intrascendente para nosotros. Y para él... quizá resulte importante.—A juzgar por esos periódicos,

por lo que la gente dice... es *muy* importante. Tanto, que jamás sucedió antes de ahora. Sería como alterarlo todo bruscamente. Como mezclarse en lo que nos está vedado por leyes inmutables, padre. Aun así... estoy de acuerdo contigo. Por esta sola vez... se puede intentar.—Será una forma de demostrarle nuestra gratitud. Había pensado algo diferente, y entonces nos llegó la noticia de..., de su muerte. Es justo hacer algo en su favor, ¿no te parece?—Fui la primera en sugerírtelo así, padre.—Pero hija, ¿qué otra cosa se puede hacer por un hombre muerto... salvo permitirle que continúe entre los suyos, siquiera sea por un período limitado de tiempo? —suspiró el padre, contemplando a su hija atentamente.Ella se limitó a asentir.Fuera, el cielo se había nublado súbitamente. El destello de un rayo desgarró los nubarrones en un chispazo de luz deslumbradora. Luego, comenzó a llover torrencialmente sobre Nueva York.

* * *

El rayo desgarró un ciprés en el cementerio nuevo de aquella suntuosa zona residencial, al norte de la ciudad y en sus afueras.El paisaje desolado de la ciudad de los muertos, se tiñó de fulgores lívidos, y el aguacero batió sobre panteones, losas y cruces, con una furia repentina e insólita.Un funcionario del recinto funerario, se apresuró a entrar en su alojamiento, cerrando la puerta con premura. La luz eléctrica osciló dentro de la vivienda, durante unos instantes, y en el cielo restallaron los fragores del trueno, haciendo temblar los vidrios de las ventanas.Aparte de esa furia desatada de los elementos, el cementerio continuó con su paz de eternidad. Nada se conmovió ni nada se pudo alterar en las alamedas flanqueadas de altos y tristes árboles, de blancas manchas de mármol, de toda clase de ornamentos y motivos sepulcrales.La Muerte era siempre inmutable. La furia del temporal no podía vencer su silencio y su quietud de eternidades.Por lo menos, así había sido durante todos los siglos, y parecía que tenía que seguirlo siendo en el futuro, hasta el fin de los días.Pero de haber estado el funcionario de cementerios en el exterior, bajo la lluvia torrencial y el cielo torvo de la tempestuosa tarde, quizá hubiera descubierto que había algo diferente en esta ocasión, en esta tarde, en aquel recinto destinado a los muertos.Porque, de repente, sin que nada lo justificase, una extraña forma se siluetó junto al panteón de los

Novak. Unas líneas, un perfil borroso, difuso en la lluvia, que, de repente, se tornó fosforescente, como un auténtico fuego fatuo que tomara apariencia humana.Fue solamente un momento.Luego, esa luz, esa forma, se extinguió. Todo continuó igual. Pero unos ramajes, algo más allá, se agitaron en dirección opuesta a las ráfagas de viento racheado que movían los arbustos.Unas pisadas se materializaron en el suelo blando, fangoso, dejando claramente marcadas unas huellas... Luego, esas huellas se fueron difuminando, hasta que no se vio nada en el barro. Cayó la lluvia, borrando la señal fantástica.Más allá, si es que alguien continuaba realmente moviéndose hacia alguna parte, las pisadas ya siguieron siendo totalmente invisibles, como la propia forma en movimiento, y el barro no alteró su superficie tersa, brillante de agua de lluvia...Un perro aulló en alguna parte, junto a las cercas del cementerio, como intuyendo algo que no era normal.Pero nadie, salvo el perro, advirtió cosa alguna fuera de lo corriente.Nadie supo que algo no establecido, algo que no encajaba en el equilibrio de las cosas, había sucedido justamente entonces, en aquel lujoso cementerio de Nueva York...Momentos más tarde, amainaba el temporal sobre la ciudad. Los charcos de lluvia sólo reflejaban nubes huidizas, jirones de cielo oscuro...Las pisadas sobre ellos, de «alguien» que vivía, que volvía a la vida, siguieron siendo invisibles.

- ○ *Segunda Parte**DESPUES DE MI ASESINATO*CAPÍTULO PRIMERO
- ○ Vivo.Vuelto a la vida...Era una idea difícil de concebir. Difícil de aceptar.Pero así había sucedido. No podía ser de otro modo. En caso contrario..., yo no estaría ahora allí.Yo no estaría en medio de mi propia industria, viendo trabajar a todos, viendo mi retrato relegado a segundo término, sustituido por el de Wanda, mí amada viuda...Vi otro gran retrato en la nave central. Esta vez era de mi ex socio, Warren Canary, convertido en flamante presidente del consejo de administración.No entendía nada. No podía entenderlo. Pero estaba allí. Me pregunté si la muerte era así. Si siempre habíamos tenido entre nosotros a los difuntos, viviendo nuestras propias peripecias y emociones. Algo, una fría lógica irrefutable, me replicó que no, en alguna parte de mi mente.Mi mente...Un muerto no tiene mente. Ni recuerdos. Ni lógica. Un muerto no tiene nada. No es nada. No es nadie. Sólo un muerto. Un cadáver que reposa en una tumba.Y yo... ¿qué era yo? ¿Qué significaba esto?Me miré a mí mismo, bajando los ojos hasta el suelo. Increíble.

- Mis zapatos impecables, mi pantalón oscuro, mi chaqueta de smoking...
- Tal como vestía la última noche. La última noche...
- Las ideas fluían a mí como en torrente. Era igual que despertar de un sueño algo prolongado, no mucho, y rehacer los últimos acontecimientos con cierta torpeza. Pero con infinita claridad, eso sí.Físicamente, era yo mismo. Me toqué. Mi cuerpo, mis ropas, mis manos, mi rostro, mis cabellos oscuros y rebeldes... Nada cambiaba en mí. Sencillamente, había vuelto a la vida. O tal vez nunca dejé de pertenecer a ella, y todo respondía a una pesadilla atroz.Pero aquellos retratos, la ausencia de mi imagen en el edificio...Poco después, mis ojos descubrían un periódico sobre un estante. Leí la terrible noticia en grandes letras negras, encabezando la primera página:
  - ○ «SIGUEN SIN SER HALLADOS LOS ASESINOS DE RODNEY NOVAK. LA POLICIA, DESORIENTADA.»
  - ○ Los asesinos...De modo que era todo cierto... Yo..., yo había sido asesinado. Recordé la avioneta, el paracaídas...¡Pero yo estaba ahora allí, en mi propio mundo, entre mi gente y mis cosas!—¿Cómo? —musité, sintiendo mi voz, ronca y trémula—. ¿Cómo ha sido posible esto? ¿No estoy soñando ahora? ¿No será todo un

sueño, la vida y la muerte en sí?Recordé mis primeras impresiones recientes: lluvia, cipreses, un cementerio, suelo fangoso...El cementerio. El panteón de los Novak... Sentí un escalofrío.—No puede ser... —gemí, angustiado —. Yo..., yo HE VUELTO DESDE EL PANTEON...Después de ser sepultado, había regresado. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Es que existía una zona, más allá de todo lo conocido, que permitía a un ser fallecido regresar de alguna forma al que fuera su mundo habitual?¿Qué diría la gente cuando me viese? ¿Qué reacción tendrían todos al encararse a mí súbitamente?No dejó de horrorizarme y divertirme a la vez semejante posibilidad. Imaginé a mis familiares, a mis amigos... Y, sobre todo, a mi asesino. ¿Qué haría él, cuando me viera aparecer ante sus ojos, tras el funeral?Evidentemente, en ese punto descubriría quizá sus culpas, se confesaría responsable de todo, lleno de terror a lo desconocido, a lo sobrenatural, al que volvía de ultratumba, como en una absurda novela del género terrorífico.Caminé por aquellas salas que tan bien conocía yo, recreándome en mi nueva existencia, sabiendo lo que valía vivir, ahora que sabía lo que era morir. Procuré no pisar sitio alguno donde hubiera personas que pudiesen encontrarse conmigo. Hubiera sido demasiado cruel por mi parte someterles a semejante prueba.Por mi cerebro cruzaban ideas absurdas y encontradas. Las viejas teorías de la catalepsia y demás cosas ya desplazadas en nuestra época, me asaltaban como la única explicación factible al actual fenómeno que me tocaba vivir.Y aun así, quedaban tantas lagunas, tantas cosas inexplicadas e inexplicables...Las sólidas placas de mármol del panteón, el ataúd, las puertas metálicas... ¿Quién movió todo eso para dejarme salir de mi última morada? Si yo era un hombre muerto, ¿qué hacía ahora entre los vivos? Y si no había muerto, ¿por qué todos creyeron que sí?El enigma era alucinante. Demasiado grande para mí. Lo aparté de mi cerebro, esperando resolverlo más adelante, si ello era posible.Por el momento, acepté lo incontrovertible. Yo había muerto asesinado. Y había regresado ahora, tal y como siempre fui. Lo demás... estaba por ver.Me dispuse a salir, para planear una acción determinada. En aquel preciso instante, se abrió una puerta frente a mí.Fue todo demasiado brusco. No tuve tiempo ni de moverme.

- me encontré cara a cara con Wanda Novak, mi esposa.

* * *

—¡Wanda! —susurré, al verla con sus ojos fijos en mí.

mi propia voz me sonó ronca, irreconocible, desgarrada. Supe que, de un momento a otro, ella exhalaría un alarido y caería redonda a mis pies.

No sucedió nada de eso. Ella seguía mirándome, sin que nada en su rostro sufriera la menor alteración. Ni había palidecido, ni sus ojos tranquilos y fríos habían sufrido el reflejo de ninguna emoción.Era increíble.Su voz, al sonar, no me reveló la más leve emoción o sobresalto. Como si todo estuviera ya previsto por ella. Como si hubiera estado esperando verme allí. —Y bien. Ya estoy aquí. ¿Querías verme?Era para volverse loco, si es que los muertos pueden enloquecer, además. Su terrible sangre fría, su serenidad por encima de todo lo normal, me desconcertó por completo. No supe qué decir en principio. Luego, comencé a balbucear, como si fuera yo el que tenía que sorprenderse por algo:—Wanda, yo... Yo no he intentado solamente venir a verte. Algo ha sucedido que...Me detuve. A mis espaldas sonaba ya otra voz, viril y fuerte:—Sí, quería verte. Y lo antes posible. Sabes que es preciso que hablemos tú y yo, Wanda.Me quedé callado. Giré la cabeza con sobresalto. No era sólo Wanda quien podía verme, sino también mi ex socio, Warren Canary, uno de los actuales dirigentes de mis propias empresas.—¿Hablar... de qué, Warren? —replicó ella.Me sorprendió todo aquello. Ambos me miraban, pero no parecía importarles en absoluto mi presencia. Sencillamente, se respondían el uno al otro, sin contar conmigo ni concederme la menor importancia.Por si había alguna duda, ahora respondió Canary, con acritud:—Del asesinato de tu marido, por ejemplo. —¿El asesinato? ¿A qué viene eso ahora? —se irritó Wanda.Yo me moví rápido hacia ella. La apremié, con cierto enfado:—¡Wanda! ¿Qué diablos os pasa a los dos? ¿Es que no vais a prestarme atención alguna?—Un asesinato que vale tantos millones, siempre es importante de discutir, preciosa —siguió Warren—. Sobre todo, cuando esos millones van a parar a una sola beneficiaria: su viuda, en este caso.—¿Qué pretendes insinuar, Warren? —silabeó ella, lívida.Seguía mirando. Pero no me miraba a mí. Aunque sus ojos se clavaran en mi persona, ella miraba y respondía a Warren. Y lo mismo hacía él.La solución era mucho más sencilla de lo que pude imaginar. Ellos NO ME VEIAN A MI.—¡Invisible! —musité, horrorizado. Y añadí, confuso—: E inaudible... Es eso... No me ven ni me oyen... ¡NO

EXISTO para ellos!Y anonadado, me apoyé en la pared, me contemplé mis manos, mis ropas, mis pies, que yo *sí* veía o creía ver. Como oía o creía oír mi propia voz, mis propios ruidos al moverme entre los vivos...Sólo que ahora había algo ya cierto e irrebatible. Estaba muerto. Total y definitivamente MUERTO. Era sólo un espíritu, una forma inmaterial, deambulando entre los vivos. No veía otras formas de mi propia naturaleza, pero yo sí estaba allí, incapacitado para comunicarme con los que vivían.

- —¿Por qué, Dios mío? —murmuré con voz ronca, aquella voz que nadie salvo yo mismo podía captar—. ¿Por qué esto ahora? Yo prefería seguir allí, no haber vuelto en estas condiciones... ¿De qué sirve rozar la vida y no poder tomar parte en ella?
- Cerré mis ojos y, como si realmente existiera, todo se oscureció en tono mío.Dejé de oír las voces de Wanda y de Canary, aunque lo último que hirió mis oídos fueron insultos soeces en boca de ambos...Al abrir nuevamente los ojos, me encontré frente a aquellas dos personas que nunca había esperado volver a ver.—De verdad lo sentimos, señor Novak —dijo el hombre de cabellos blancos—. No quisimos causarle ningún mal.—Por el contrario —dijo la bonita muchacha del cabello platino—. Sólo quisimos hacer algo en su favor, a cambio de cuanto nos ayudó entonces...Eran ellos. Padre e hija. Los extraños personajes de la carretera secundaria.
-
- * * *
-
- —¡Ustedes! —murmuré con voz ronca. Miré en torno. Sólo descubrí oscuridad, arbustos, peñascos y formas irreconocibles en las sombras. Por encima nuestro, brillaban las estrellas en el cielo—. Oh, ¿por qué voy a hablarles de nada, si a fin de cuentas tampoco podrán verme y oírme?—Se equivoca, señor Novak —dijo apaciblemente el hombre canoso—. Podemos verle y oírle. Evidentemente, somos los únicos que podemos hacerlo en este mundo de los vivos. Hice todo cuanto estaba en mi mano, pero no me fue posible llegar más lejos. Es evidente que existen límites, barreras que ni yo mismo puedo salvar... —De modo que fueron ustedes... ¡ustedes quienes…! —les miré, empezando a pensar si estaban locos, o era yo el demente—. No, no puede ser. Nadie tiene poder sobre la vida y la muerte. Nadie, excepto...—Sé lo que va a decir —sonrió la bella joven enigmáticamente. Movió su cabeza en sentido negativo—. Ustedes saben poco de muchas cosas fuera de su mundo y de su ambiente. Lo que aquí es muerte, en otros lugares es tránsito a

otro estado mental Superior... Pero evidentemente, el ser humano no puede superar ese trance. Es otra naturaleza, son otras reglas...—Ustedes..., ustedes, ¿quiénes son, exactamente, que hablan de cosas así, que me pueden ver y oír, que aseguran que son responsables de este prodigio, por incompleto que él sea?—Señor Novak, mi padre se llama Ghor. Yo, tengo por nombre Yera...—Ghor... Yera... —repetí—. Parecen extranjeros... —¿Extranjeros? —el padre rió suavemente, y asintió—. Sí, señor Novak. No sabe la clase de extranjeros que somos... En efecto, somos responsables de ese pequeño prodigio. Sólo que... no podemos concederle más de lo que ya posee. Su cuerpo no podrá ser visible, porque es él quien está muerto, ¿comprende? Realmente *muerto*... es sólo su cuerpo, su envoltura física. Lo demás, vive. Mente, espíritu, inteligencia... Sobrevive a lo puramente material de la criatura viviente, y permanece en alguna zona abstracta del universo. Lo único que hice fue arrancarle de ella y traerle aquí... porque su último, su fervoroso y postrero deseo fue, precisamente, desear la vida...—Tal vez sea ése el deseo común a todos los humanos que fallecemos —susurré—.—Sí, tal vez. También deseó saber quién había averiado su avioneta, quién desgarró intencionadamente su paracaídas... Yo no tengo esas respuestas. Pero usted puede buscarlas ahora entre los vivos. Quizá las encuentre más fácilmente de lo imaginable...

- —¿Y de qué me servirá saber quién me asesinó? —me lamenté penosamente—. ¿Quién escucharía mi voz, denunciando al culpable, para que se hiciera justicia?—En su actual estado, nadie —reflexionó el hombre del blanco cabello sedoso—. Pero tal vez eso se pueda resolver, durante su permanencia entre los vivos.
- —Mucho lo dudo, Ghor, por mucha que sea su ciencia y su poder —dije amargadamente—. Y eso que jamás nadie debió hacer antes algo parecido a lo suyo...—Bah, eso tal vez sea en su mundo, amigo Novak. Debe pensar que lo que aquí resulta maravilloso e inaudito, no es sino rutina en cualquier otro rincón del cosmos.—Pero ahora estamos *aquí* —le recordé, pensativo—. Ghor, por el amor de Dios, ¿quiénes son ustedes dos? ¿De dónde han venido?—Es una larga historia —sonrió él. Se puso de pronto en movimiento—. Síganos, ¿quiere? Hablaremos en un lugar más acogedor que éste. Allí, Novak, quizá empiece a comprender lo que está usted viviendo en estos momentos...Dudé. Pero no podía temer nada de él. Ni de su hija. En realidad, no creía posible temer nada de nadie. Un hombre que ya ha muerto..., ¿qué otra cosa peor puede sufrir?

Caminaron a través del oscuro paisaje que yo no identificaba claramente. Poco después, descendían una hondonada, entre matojos frondosos, siempre sin luces en derredor.En el fondo de aquella oquedad del terreno, descubrí algo que me dejó petrificado por el asombro.Una forma metálica, ovoide, extraña, de una rara coloración púrpura, aparecía posada en su fondo. Era de gran tamaño, y no mostraba aberturas o huecos, ni luces de ninguna especie pero, obviamente, era una nave. Una extraña nave de desconocida estructura...—Parece..., parece... —murmuré, contemplando aquella forma metálica y sorprendente.—Un objeto de los que ustedes llaman OVNI, ¿no es cierto? —sonrió suavemente Ghor. Luego, afirmó despacio—. Acertó, Novak. Es un OVNI... y nosotros llegamos en él a la Tierra, procedentes de muy remotos confines estelares. De lugares donde la Vida y la Muerte no son como aquí lo entienden...

• CAPITULO II

• Un OVNI...Interiormente, resultaba fascinante. Paneles luminiscentes, extraños e ingrávidos muebles translúcidos, mecanismos de apariencia estética y misteriosa...Algún sistema de energía emitía un leve zumbido que no molestaba a los oídos. Una tenue vibración del suelo luminoso, acompañaba ese sonido, procedente sin duda del centro energético de la gran nave.Tardé en adaptarme a aquel ambiente misterioso y fantástico. Virtualmente, seguía siendo el mismo que siempre fui, en mis reacciones y modo de pensar. No advertía diferencia alguna entre el Rodney Novak lleno de vida, y el espíritu vuelto de la tumba. Ninguna clarividencia superior; ninguna ausencia de sensibilidad tampoco a los problemas puramente humanos de mi situación. Mi resurrección no tenía ninguna de esas lúgubres y siniestras notas que se presuponen en los hechos narrados por un escritor de temas de ultratumba.—De modo que son... *extraños* —susurré roncamente.—Extraños, sí. «Extranjeros», como dijo antes muy bien —sonrió Ghor apaciblemente—. No sólo no pertenecemos a su planeta, sino que ni tan siquiera a su sistema solar... ni a su galaxia.—¡Desde más allá de..., de la Vía Láctea! —dije, asombrado—. Cielos, nunca creí en tales historias, Ghor...—El hombre es escéptico, y duda por naturaleza. Nunca se paran a pensar que existen millones de galaxias, con miles de millones de sistemas solares y billones y billones de planetas habitables... Se asombrarían si supieran cuántos de ellos están realmente habitados por razas inteligentes... Y, sin embargo, no es ningún prodigio. Es, sencillamente, una simple regla de lógica, sobre un cálculo de posibilidades casi infinitas.—Y de uno de esos mundos... llegaron ustedes —murmuré.—Sí, Novak. Así fue.—Pero..., ¿por qué a la Tierra, precisamente? ¿Qué buscan en ella, para ser exactos?—No, no tema nada —se apresuró a decir Ghor, riendo —. No somos... «invasores», como ustedes dicen y temen. Son historias reaccionarias, basadas en sus propios defectos. No conciben a un extranjero amigo, ¿no es cierto?—Me temo que sea así —confesé—. Somos xenófobos por naturaleza.—Lo sé. Y también maniqueístas. Creen que sólo su figura es perfecta, como reflejo de una belleza física. Otra clase de seres, serían monstruos en su concepto, aunque su belleza estética fuese en otro concepto infinitamente superior.—Sí, estamos llenos de prejuicios... —les contemplé, profundamente preocupado—. Pero hay muchas cosas inconcebibles en ustedes, Ghor...—¿Como por ejemplo...?—Su propio físico, tan igual al nuestro... Su lenguaje... ¡No puedo concebir que en una lejana galaxia se

hable inglés, Ghor!—Por cierto que sería peregrino —rió él de buena gana—. No, nadie en mi mundo habla inglés, es bien cierto. Ni ninguna lengua parecida a las de su planeta, Novak.—¿Entonces...?—La explicación es muy simple: lectura mental. Una lectura infinitamente más rápida y perceptiva que la que ustedes conocen. A través de ella, captamos sus ideas y lenguaje, que asimilamos en breves instantes, pudiendo hablarlo y comprenderlo inmediatamente. Sólo una educación mental de siglos, conduce a tales resultados, Novak.—¿Y... su apariencia física? —dudé todavía—. Alguna vez leí que, aun existiendo millones de razas inteligentes en el universo, sería prácticamente imposible hallar una exactamente igual a la nuestra. Y ustedes son tan iguales...—*Parecemos* iguales, Novak —dijo Ghor, con una sonrisa—. Realmente, no lo somos. Nunca hemos sido como usted nos ve ahora y nos vio aquella noche en la carretera...—No..., no logro entenderles... —murmuré, inquieto—. ¿Quiere decir que..., que tienen un aspecto físico DIFERENTE?—Muy diferente —habló con tono grave la bella Yera—. Ya hablaron antes del maniqueísmo y sus nefastas consecuencias... Nosotros estamos educados para no sentir horror por ninguna forma de vida. Pero ustedes... Por fortuna, tenemos la capacidad de ser mutantes.—¡Mutantes!—Alteramos nuestra apariencia a voluntad, sin que ello afecte a nuestro organismo, ¿va comprendiendo? Así, nunca resultamos repulsivos o temibles para nadie...—¿Quiere decir... que podría yo sentir repulsión, temor... si les viera como son, Yera?—Sí, Novak —suspiró ella—. Es seguro que sucedería de ese modo. No le educaron biológicamente para otra clase de reacción posible... No es suya la culpa, sino de su especie, de su retraso de siglos en hacer evolucionar su mente hacia nuevos conceptos...Reinó un silencio a bordo del OVNI, sólo roto por el tenue zumbido de su fuente energética. Todo eso me hizo recordar algo: el prototipo aluminizado, hecho añicos en la zanja... Las heridas de ambos, el hospital de Endicott...—Pero..., pero entonces, ¿qué sucedió aquella noche? ¿Por qué tuve que intervenir yo, si ustedes parecen tan capaces de hacer cosas que ningún ser humano haría jamás?—Se equivoca, Novak. Esa noche, todo era diferente. Nuestra nave acababa de caer en su planeta, accidentalmente...—¿Accidentalmente?—Una avería —sonrió—. No hay nada tan perfecto que no pueda averiarse, Novak. Incluso nuestra nave. Hicimos un aterrizaje forzoso en su mundo, para repararla. Necesitábamos ciertos materiales semejantes a minerales suyos, de tipo radiactivo. Un detector nuestro, captó la presencia de tales minerales en esta región,

Fuimos en su busca con una nave pequeña, una biplaza demasiado rápida para ciertos suelos, y sufrimos un accidente que nos ocasionó heridas.—Antes de perder el conocimiento, activamos nuestras células mutantes, para aparentar aspecto humano, si éramos hallados por alguien —añadió Yera—. Nosotros nos regeneramos de modo autónomo, sin médicos. Sanamos y nos recuperamos, pero ese proceso autocurativo requiere un cierto espacio de tiempo. La atmósfera de la Tierra hacía más lento ese proceso, y temimos morir sin auxilio, si fallaba la regeneración normal. Por eso, mi padre logró emitir a distancia una señal mental que materializase una señalización para atraer a alguien en nuestra ayuda, y usted vio materializada esa supuesta señal, en forma de un desvío. Siguió ésa ruta y... nos encontró. Lástima que, momentos antes, lo hicieran aquellos tres rufianes.—De modo que crearon el desvío, sólo con emitir una imagen mental... —me asombré—. Son ustedes increíblemente poderosos, Yera...—Todo tiene sus límites —dijo Ghor—. Necesitábamos esos minerales para reparar la avería, y seguimos su busca, hasta localizarlos en una región determinada, obteniendo la cantidad precisa para la reparación. Por supuesto, no entramos en el hospital donde nos dejó. En vez de ello, regresamos para hacer desaparecer a aquellos tres rufianes... y luego proseguimos la búsqueda del mineral.—De modo que, sin existir desvío, agresores, ni presencia suya en el hospital... ¡buen caso debió hacer la policía de mi denuncia de aquella noche en Endicott...!—Eso supongo que ya no tiene gran importancia para usted, Novak —sonrió Ghor.—No. Nada la tiene ya. Aunque esté aquí hablando con ustedes, aunque crea que estoy vivo y no ha cambiado nada en mí..., todos sabemos que eso es una gran mentira. Solamente me veo y me escucho a mí mismo, salvo para ustedes dos. No sé lo que hicieron para sacarme de aquella sepultura, pero no han hecho de mí otra cosa que un fantasma absurdo y sin influencia sobre los seres vivientes.—Lo siento. Lo intenté todo. Es lo máximo que puedo lograr con mi ciencia, Novak. Poseo su cuerpo, pero... no puedo devolvérselo. De veras lo siento.—¿Qué..., qué es lo que ha dicho sobre mi cuerpo? —dije, con un jadeo, mirándole asombrado.—Venga —me dijo—. Debe ver algo. Posiblemente le sea útil a la ciencia de mis gentes, allá en las remotas galaxias de donde procedemos. Y aquí, ya carecen por completo de utilidad...No supe a qué se refería, pero le seguí. Yera caminaba a mi lado y, sorprendentemente, tomó mi mano. Sentí de nuevo su fría piel contra la mía, y su presión se me hizo algo totalmente material, y deseé que ella notara

también lo físico en mí.Como si adivinara lo que estaba pensando —y me pregunté si no sería así—, sonrió al decirme:— Sí, Novak. Yo *si* puedo notar el volumen de su mano, de su forma física... Sólo mi padre y yo...No traté de penetrar el misterio. Me limité a aceptarlo, a seguir, cogido de la mano a Yera, en pos de su padre. Entramos en una nueva cámara, y entendí.Entendí, a costa de sufrir un sobresalto tremendo, a la vista de lo que me reservaba una especie de alargada vitrina de vidrio escarchado, translúcido, muy diáfano. Lo suficiente para identificar, detrás aquellos cuatro cuerpos humanos, rígidos y como flotando verticalmente en una especie de vaho o vapor azulado.Eran los tres melenudos de la carretera. Podían estar muertos o en hibernación. Todo era posible, tratándose de Ghor.El cuarto cuerpo encerrado en aquel recipiente... *era el mío.*

•

• * * *

• Era como verme en un extraño espejo que reflejase mi propio cadáver.Nunca, como entonces, supe lo que era verme a mí mismo... muerto. Inmóvil, petrificado en una urna, esperando ser trasladado a... algún lejano confín galáctico.Y, mientras tanto, creyendo poseer un cuerpo idéntico, pero inmaterial, que sólo yo mismo podía ver, por alguna imagen mental fijada en mi mente intangible, en el fluido cerebral liberado de un simple cadáver, me paseaba entre unos seres que nunca podrían descubrir mi presencia. Con la sola excepción de Ghor y de Yera, porque ellos no eran humanos, ni tan siquiera terrestres o solares.Mi rostro, dentro de la urna de vidrio escarchado y azulino, era de una palidez marmórea, de una tonalidad cérea, de una rigidez apacible, como sólo el sueño eterno puede darla.—Mi cuerpo... —murmuré—. ¿Qué hace ahí? —Usted ya no lo necesita. No puede entrar en él, porque está muerto y no le sirve de nada —suspiró Ghor—. Nadie puede animar un cuerpo muerto. Sólo la fuerza mental, el espíritu, la naturaleza intangible de nuestras ideas y nuestra voluntad, sobreviven al acto mismo del fallecimiento clínico. Una chispa invisible, que escapa del cuerpo vencido...—De modo que soy sólo eso: un simple puñado de ideas moviéndose por ahí —me quejé—. No vale la pena vivir así, Ghor. No conduce a nada...Me miró, disgustado. Parecía profundamente dolorido por algo.—Lo hice con mi mejor intención, Novak. Pude devolver al mundo todo lo que quedaba vivo en usted. Sólo eso. —¿Y... ese cuerpo? ¿Cómo obtuvo *mi* cuerpo? —pedí.—Oh, eso... —sonrió enigmáticamente—. Una simple proyección de

materia a distancia. No importan las losas ni los obstáculos para conseguir centrar una forma energética en un punto, disolver la materia, proyectarla a un punto determinado, y allí reagrupar sus partículas nuevamente, obteniendo el original.—De modo..., de modo que ahora mi tumba...—Está vacía, Novak —asintió, risueño—. Completamente vacía, sí...

-
- * * *
- Vacía.Una tumba vacía. La mía, en un hermoso panteón digno de un rey.No dejaba de resultar irónico. El gran mausoleo inaugurado por un Novak... ¡que ya no estaba siquiera en su ataúd, por el capricho científico de un ser fantástico, llegado de mundos remotos!Mientras pensaba en ello, mis ojos recorrían aquellos lugares que me eran tan familiares...Mi residencia ajardinada, mis galerías encristaladas, el porche iluminado, mi automóvil en el garaje anexo...Era como si todo continuara igual. Como si nunca hubiese tomado aquella maldita avioneta manipulada por un asesino sin conciencia, en Cortland... De smoking, paseando por el jardín, bajo las estrellas...Sólo que aquella figura arrogante, de hombre joven y bien proporcionado, que ahora se movía por los senderos de grava, no era nada. No era nadie. Mis pisadas no podían ser oídas. Mi cuerpo no podía ser visto. Mi voz no podía ser captada.Ghor había sido concreto en eso:«Toda mi ciencia fue incapaz de devolver la vida a su cuerpo... Y si usted vuelve a él ahora, será para no existir ni siquiera en esta forma. Es sólo un cadáver. ..»Por eso no había querido mi incómoda envoltura humana. Volver a la tumba, significaba renunciar a la única posibilidad existente de intentar algo. Cuando menos, de intentarlo.Y ese algo no era sino una sola cosa en el mundo, en aquel mundo de los vivos que yo había abandonado definitivamente, por culpa de alguien...¿Quién era mi asesino?Lo demás, ya no contaba. No necesitaba mi dinero. No podía aspirar a nada. Ahora sabía muchas cosas sobre Wanda. Cosas que se podían leer en los diarios, en los chismes de sociedad...Ella y Darrin... Algo que ya venía de tiempo. Ahora, Darrin tenía una buena tajada a su alcance, y el maldito *gigoló* no la dejaría escapar fácilmente. Una tajada de cientos de millones de dólares.Por otro lado, estaba Warren. Warren Canary, mi antiguo socio. Ahora, como dirigente de mis empresas, se había desenmascarado. Siempre ambicionó deshacerse de mí, para subir él a la cumbre. Wanda y él no se llevaban bien. Eran lobos mordiéndose entre sí.Mi primo Stuart, el bala perdida de Stuart, había presentado una impugnación al testamento hecho por mí. El recurría, alegando

su parentesco de sanguinidad, que le hacía acreedor, cuando menos, a un legado económico.Wanda se negaba en redondo a todo arreglo con Stuart. Y éste seguía adelante con su demanda legal, ayudado por un abogado muy conocido en Nueva York por sus chanchullos.Todos eran iguales: gentuza de la peor clase. Sólo durante mi existencia supieron poner una careta a sus ambiciones y a sus bajas pasiones.Por contra, mi buen amigo el capitán Franciscus, de la policía neoyorquina, se desvivía por descubrir el misterio dé mi muerte. Y Dyan...Dyan Garfield era la mejor de todos. La única no contaminada.Seguía ejerciendo su tarea, callada y abnegadamente. Seguía trabajando en silencio, sin reclamar nada. Con expresión aturdida. Con ojos doloridos. Como si mi desaparición, realmente, sólo a la joven y leal Dyan hubiera podido afectar. Eso, sin ambicionar nada. Sin ganar nada con mi muerte. Sin haber recibido tampoco, en vida de su jefe, Rodney Novak, el trato que ahora advertía que había merecido.Cierto que antes de ser Wanda mi esposa, en aquella estúpida y precipitada acción de un lejano día, Dyan y yo habíamos salido juntos, habíamos llegado a ser señalados por los chismes de sociedad como «la pareja perfecta»...Todo eso se quedó en nada. Salimos unas cuantas veces, en una de ellas incluso nos embriagamos alegremente, hasta tener que ser conducidos a nuestras respectivas casas... y ahí terminó todo.Wanda había sido más hábil y calculadora. Supo cazarme astutamente, y hacer de mí su esposo. Creí que me amaba, y ése fue mi gran error. Wanda no amaba a nadie. Sólo a sí misma y al dinero. Y a sus caprichos. Estaba seguro de que Darrin no era sino un capricho más entre tantos otros...Ahora, era demasiado tarde para pasar balance a tantos errores. Nada de lo que se hizo entonces tenía remedio alguno. Nada se podía rectificar. Muerto Rodney Novak, había muerto todo conmigo.Deambular entre ellos, sólo tenía un objetivo: encontrar al culpable, saber quién, de entre todos ellos, pudo haber estado aquella semana en Cortland, visitar subrepticiamente el hangar del aeroclub, del que sólo yo tenía llave —con excepción de Wanda, naturalmente—, manipular los motores... y rasgar el paracaídas.Lo que sí veía las cosas ahora, era con mayor nitidez. Con más clarividencia, como si la distancia abismal que nos separaba a unos de otros, fuese lo que diese a las cosas su exacta dimensión, sin posibilidad alguna de error.Recordaba, por ejemplo, un detalle muy significativo: Elmer Darrin había sido piloto, y tenía título de tal.Un piloto podía estar en el aeroclub sin despertar sospechas. Y si disponía de la llave duplicada, podía entrar en el hangar y...¿O tal vez lo hizo por medio de

una llave maestra, a espaldas de Wanda? ¿Era ésa, mejor versión que suponerle al servicio directo de mi propia esposa en la preparación minuciosa y fría de aquel horrible crimen?Darrin y Wanda...Era una posibilidad. Una gran posibilidad.¿Y Canary? Pudo hacerse con una copia de mi llave, sin darme yo cuenta, ir a Cortland, pretextando un viaje de negocios rápido, y...También mi primo Stuart, aunque se decía de él que estaba en Las Vegas últimamente. Stuart Novak nunca se sabía a ciencia cierta por dónde andaba metido. Si sus deudas eran muy apremiantes —y había rumores de que realmente lo eran, y mucho, a causa de su descubierto con apostadores profesionales de caballos—, pudo tomar una decisión desesperada, y ahora, defraudado, apelaba a la ley para reclamar una parte que yo no le había concedido en mi testamento.Sí. Todos podían ser culpables.O no serlo ninguno, y haber algún enemigo financiero o comercial que deseara borrarme del mundo de los vivos...Lo único que no existía para mí, era la prisa. El tiempo no cuenta para alguien que es sólo energía pura, una serie de fuerzas mentales y psíquicas en movimiento por la zona de lo intangible.De modo que seguiría la pista implacablemente. A todos ellos, uno por uno. Hasta que llegase el momento de conocer a mi asesino.Entonces... buscaría un medio de hacerle delatarse, de que se entregara a la justicia. No sabía cuál aún. Pero alguno habría...

CAPÍTULO III

—No insistas, Stuart. Es inútil cuanto intentes en ese sentido.—¡Escucha bien, Canary! ¡Tú has quedado forrado, con tu cargo en estas industrias, con todo lo que hayas podido robar a mi primo durante vuestra asociación! —aulló Novak con ira—. ¡Pero yo no he obtenido un solo centavo, teniendo un pariente multimillonario, a quien alguno de vosotros liquidó, sin duda para prosperar notablemente después de su muerte!—Eres un imbécil, Stuart —le acusó ásperamente Canary, apretando los puños con ira—. Deberías decir que entre esos sospechosos de asesinato te cuentas *tú,* amiguito, antes de engallarte contra nosotros.—¿Yo? ¿Yo, un asesino? ¡Soy de la misma sangre de Rod! ¡Y no gano nada con su muerte!—Oh, pero eso tú lo ignorabas. No conocías el testamento de Rodney, y pudiste llegar a pensar que él se habría apiadado de tus deudas y granujadas, cubriéndote bien el riñón con un generoso legado. Siento que no fuese así, amiguito. Pero yo no influí para nada en él, con miras a que te dejara sin un centavo. Si tienes alguna queja..., ¡ve al cementerio y díselo en tus oraciones por su alma! Stuart Novak se mordió el labio, con ira mal contenida. Yo miraba despreciativamente a mi ex socio. Canary mentía miserablemente. El había sido quien, explicándome que Stuart andaba mezclado en asuntos turbios, convertido en un verdadero *gangster,* me quitó la voluntad de dejarle un legado generoso.Más tarde, pensé hacerlo, pese a todo. Pero la muerte llegó antes de que pudiera rectificar tal omisión. Ahora, viendo los apuros de mi desdichado primo, sentía lástima por él.Lo que dijo después, me reafirmó en esa idea:—Rod está muerto, y no me gusta culpar a los muertos de nada —suspiró—. Si voy a ver su tumba, sólo rezaré por su alma, sin injuriarla para nada. Sois vosotros, hatajo de buitres, los que merecíais que él volviera de la tumba para daros un escarmiento...Sonreí, palmeando su hombro. Naturalmente, Stuart ni se inmutó. No podía sentir ni oír nada.—Bravo, primo —aprobé—. Al menos, eres un Novak. Tienes muchos defectos, pero me has demostrado ser algo mejor que los demás. Eso debería tener un premio...Las palabras de Stuart habían molestado a Canary, que se acercó a él, amenazador, agitando sus puños.—Es todo lo que puedo soportarte, rata miserable —silabeó—. Es mejor que te largues de aquí, y no vuelvas. Cuando menos, no pienso recibirte, amiguito. Ahora, ¡fuera de mi vista, cerdo!—Siempre has sido un canalla, Canary —acusó fríamente Stuart, mirándole con ira. Era más delgado y débil que mi ex socio. Por eso retrocedió prudentemente, aunque no se retuvo de objetar, agresivo el tono

—: Es más fácil que fueses tú su asesino, que no Wanda o ese golfo de Darrin... Tú eres tan calculador, tan seguro de ti... Me das náuseas, Warren.Canary se enfureció, y disparó el puño contra el rostro de Stuart. Mi primo cayó de espaldas, golpeándose en el muro de las asépticas y luminosas oficinas de Novak Amalgamated.Se quedó inmóvil, como muerto. Pero yo estaba capacitado en mi actual estado, para saber cuándo alguien estaba muerto o no. Stuart sólo estaba inconsciente.Y... ¡cosa rara! Me sentí atraído a acercarme, inclinarme sobre él, sin que el enfurecido Canary pudiera sospechar cosa semejante.

- Cuando hice eso, un ramalazo de sorpresa me asaltó. Algo en mí, una fuerza que desconocía, me hizo penetrar en el cuerpo inconsciente de Stuart. Fui virtualmente *absorbido* por mi primo.Ya no me vi yo mismo. No vi mi cuerpo. Abrí los ojos... y eran los de Stuart. Me moví... y se movió Stuart.El continuaba inconsciente. Y supe que así seguiría, mientras YO ocupara su físico. Algo, una rara fuerza psíquica, una energía misteriosa, dominaba mis actos. Yo mismo era un poder mental capaz de *introducirme* en otro ser, siempre que éste estuviera en la inconsciencia, sin posible defensa psíquica contra mí. Y mientras yo controlara su mente y sus acciones, él no despertaría.—Siento haber llegado a esto —silabeó Canary, apretando los labios—. Lárgate ya, Novak. No vuelvas a poner a prueba mi paciencia. No respondería de mí.Le miré a través de los ojos de Stuart. Mi cerebro bullía en el repentino vacío del suyo. Moví mis piernas y brazos, que eran las piernas y brazos de mi primo. Se incorporó su cuerpo, pero era como incorporarme yo mismo. Un extraño, fascinante juego que Canary no podía ni siquiera soñar, mientras me contemplaba, agresivo.—Está bien, Warren —dije, con una risa hueca, que era la risa de Stuart Novak—. Ya me voy. Pero antes, recuerda que todos tenemos motivos para no sentirnos limpios de culpas. En esto, ni en nada. Y si no, piensa un poco en el asunto Van Buren...Era un impacto directo, y yo lo sabía. Canary se quedó mortalmente pálido.El caso Van Buren era algo que sólo él y yo conocíamos. Un desdichado suceso financiero, condujo a un hombre a la muerte. Van Buren se mató por culpa de Canary. Este le había asesorado en algo que fracasó. Van Buren quiso vengarse y acudió a desafiar a Canary. Este, en un forcejeo estúpido, tuvo la desgracia de derribarlo y que el financiero se golpeara la base del cráneo accidentalmente. Esa muerte, de conocerse los hechos, hubiera significado el fin de la carrera de Canary. Le ayudé a encubrirlo, y Van Buren figuró como víctima de un accidente ajeno a él, lejos de su despacho.—¿Qué..., qué acabas de decir? —jadeó,

convulso, dando un paso atrás—. ¿Qué significa eso de..., de un tal Van Buren...?—Thadeus Van Buren —dije, sarcástico—. Rod me contó la verdad. Yo la he ocultado siempre a todo el mundo. Se lo prometí así a él. Y sólo te lo revelo a ti, Canary, en este momento. Creo que he sido honrado. Pero si los demás no lo son conmigo, será mejor que cuente algunas cosas a los periódicos. Lo van a aceptar gustosos, Canary...—Espera —murmuró, todavía impresionado, mi ex socio—. ¿Qué pides a cambio?—Yo sólo busco un legado. Rod me prometió por teléfono acordarse de mí en un próximo testamento de diferente redacción... Un legado corto, la verdad. Quiero ser honesto con todos. El mencionó cincuenta mil dólares... Juro que es la verdad, Canary.Lo era. Yo mismo se lo dije una vez. Estaba repitiéndome mis propias palabras, como si fuese quien, físicamente, parecía ser. Canary, aún lívido y angustiado, respondió roncamente a la petición:—Dalo por hecho, Stuart. Sé que Rodney pensaba hacer algo así, si he de serte sincero. Dadas las circunstancias..., añadiré algo más: serán setenta y cinco mil. Procuraré que Wanda también añada algo. No te prometo nada en eso, pero algo tienes seguro. Retira tu demanda, y quizá la viuda acepte un arreglo...—Está bien... Firma eso, te lo ruego —pedí, por Stuart—. Dame un papel firmado, comprometiéndote a tal entrega, y no sabrás de mí nada más, Canary. Ni menciones nunca el asunto Van Buren. Yo juro no volver a citar jamás ese nombre.—Está bien —rápidamente, tomó un papel de su mesa y escribió lo solicitado. Lo puso en mis manos. Yo sonreí, al leerlo. Todo estaba en orden. Asentí, saliendo del despacho.

- Poco más tarde, en su viejo coche usado, Stuart volvía en sí, con el escrito de Canary entre las manos. Yo había abandonado ya su envoltura carnal, y fui testigo de su regocijo y entusiasmo ante tal promesa formal, llovida del cielo.Naturalmente, él nunca sabría por qué obtuvo el legado de manos de Warren Canary. Y éste, conforme a lo prometido, se cuidó mucho de citar otra vez el asunto o el nombre de Van Buren, que nada hubiera dicho a mi primo.Ese mismo día, en su cuenta corriente, tuvo setenta y cinco mil dólares, de ingresos. Y una promesa telegráfica de Wanda, al conocer su retirada, de la impugnación, ofreciéndole un ingreso de cincuenta mil dólares más.No sabía si Stuart era culpable de mi muerte, pero algo me decía interiormente que no. Y confieso que me sentí mucho mejor con mi conciencia. Prueba evidente de que también ésta sobrevivía a la miserable envoltura mortal...
-
- * * *

—Darrin, márchate. A veces, eres particularmente molesto... —Wanda le apartó de sí con violencia, y se quedó mirándole, con gesto de reproche—. Te dije que no volvieras en un mes.—Hace ya de eso quince días, Wanda...—Quince días no son un mes, sino la mitad —cortó ella, tajante, con ojos que fulguraban de cólera—. ¿Quieres echar sobre nosotros toda la maledicencia de la ciudad?—¿Qué puede importarnos ya la maledicencia, Wanda? —protestó Darrin, con cinismo, tratando nuevamente de abrazarla.—A ti, tal vez nada. A mí, mucho. Soy la viuda. Y, por añadidura, la heredera universal, en calidad de esposa. Imagina lo que sucedería si alguien pensara que yo he obtenido el dinero de mi esposo para gastarlo contigo. De eso a una posible sospecha por asesinato, habría un solo paso. Un paso que daría, muy gustoso, el capitán Franciscus.—¿Todavía preocupada con eso? La policía ya casi ha olvidado a tu marido, preciosa...—Es lo que quieren dar a entender. Esperan que se confíe el asesino, ¿no te das cuenta, idiota?—Hablas como..., como si tú fueras ese asesino —señaló él con frialdad.Wanda le estudió, furiosa. Su pecho se agitó bajo el vestido gris oscuro, siempre sobrio y digno, como señal de duelo desde la muerte de su esposo.—Puede que hable así pensando que fuiste tú —fue su réplica incisiva—. ¿No se te ha ocurrido?—No, no se me ha ocurrido, porque yo *sé* que no lo hice. Pero puedo saber si lo hiciste tú.—Estamos en igualdad de condiciones mutuas. Pero a la policía podría gustarle que, aunque cayeran uno o dos inocentes, un caso criminal demasiado impopular, fuese resuelto lo antes posible. Lograrían demostrar fácilmente que a nosotros nos sobraban motivos para provocar el fin de Rodney.—Te preocupa demasiado ese aspecto de la cuestión, Wanda —dijo Darrin, riendo.—Eres un gran estúpido, y nunca podrás ser otra cosa. Vete, antes de que me ponga furiosa. Y no vuelvas en quince o veinte días. Ya te avisaré dónde podemos reunimos sin ser vistos.—Eso es obrar como auténticos culpable, Wanda —se quejó Darrin.—Lo hemos sido de otras cosas. A la gente le encantaría que nos acusaran de algo peor. A nadie le gusta que una mujer joven, hermosa y sin prejuicios, sea dueña de tantos millones... Vamos, vete ya de una vez, Elmer.Darrin asintió, encaminándose a la salida. Antes de abandonar la habitación de Wanda, en su residencia de la Quinta Avenida, dijo a modo de despedida, girando a medias su cabeza:—Mis doscientos dólares volaron ya, preciosa. Será mejor que me hagas alguna transferencia más a mi cuenta, lo antes posible. No pude encontrar trabajo...—Maldito vago —se quejó ella, irritada—. Está bien, te depositaré algo más, con nombre supuesto. Pero si

no hallas algo en esta quincena próxima, te retiraré toda ayuda.Darrin se limitó a reír burlonamente, saliendo sin añadir más.—¡Si pudiera deshacerme de él, de una vez por todas...! —murmuró rabiosamente la viuda, una vez sola—. Cada día se hace más peligroso y más torpe...Yo había salido en pos de Elmer Darrin, muy interesado. El conocimiento de mi poder mental, me permitiría jugarle una mala pasada al *gigoló.* Cuando él llegó a las amplias escaleras descendentes, le traté de transmitir poderosamente la imagen de una escalera con cinco escalones menos.La imagen se grabó sin duda en su cerebro. Al faltar sólo cinco escalones, empezó a caminar como si pisara suelo firme.La caída fue tan inevitable como contundente, y más dada su corpulencia y peso. Se quedó inmóvil, inconsciente al pie de la escalera. Oí acudir presurosos a algunos servidores de la suntuosa casa que yo compartiera en vida con Wanda, cuando vivíamos en la ciudad.Rápido, me sumergí dentro del cuerpo inerte. Al aparecer los criados, me limité a incorporarme, manifestando secamente:—No, no es nada. Un simple tropezón. Pueden dejarme, gracias. No me hice daño...Se ausentaron. Yo miré escaleras arriba, a través de los ojos de Darrin. Comencé a subir de nuevo. Ahora, la mente y los pensamientos o recuerdos de Elmer Darrin, estaba sometidos a cero. Era yo quien movía su envoltura física.Llegué de nuevo a la planta alta. Caminé hacia la habitación de Wanda. Me detuve junto a la puerta, escuchando. Ella estaba hablando por teléfono con alguien. Oí claramente sus palabras:—Sí, sí, por supuesto. Puede venir por mi casa cuando lo desee, capitán Franciscus... Será un placer recibirle, desde luego. Estoy dispuesta a contestar a cuantas preguntas me formule sobre mi pobre esposo y su trágico final... Sí, capitán. Mañana mismo. Encantada.Colgó, añadiendo luego algo soez, dirigido al policía a quien tan cortésmente tratara durante la charla. Sonreí. Así era Wanda. Siempre tan falsa, tan llena de recovecos con todo el mundo, incluso conmigo...Abrí la puerta de súbito. Entré en la sala. Wanda se volvió bruscamente, con gesto de sobresalto. Al verme, bajo la apariencia de Elmer Darrin, se enfureció ostensiblemente.—¡Elmer! —jadeó—. ¿Tú otra vez? ¡Acabo de pedirte que te marches de modo definitivo! —Lamento molestarte, Wanda —dije, con la voz insultante de Darrin—. Pero... quizá antes no quedó todo demasiado claro.—¿De qué estás hablando ahora?—De todo. De ti, de mí... y de Rodney. Sobre todo, de Rodney.—Rodney está muerto. No le mezcles en esto.—Wanda, creo que Rodney es el centro de todo. Si él viviera aún...—Pero no vive. Sobran todas tus divagaciones. ¿Te marchas de una vez, o no?

- —¿Qué sucedería si no me marcho, preciosa? —me mofé. —No me gustaría terminar contigo de un modo más violento. —Sabes que no puedes hacerlo —avisé, glacial.
- —¡Sabes que sí puedo hacerlo! —rechazó ella, enérgica—. Vaya si puedo, Elmer. No estoy obligada a nadie. Y a ti, menos aún.—Yo podría decir a la policía..., que ambos planeamos el fin de tu marido.—¡Elmer! —dilató ella sus ojos con enorme asombro e indignación—. ¡No puedes levantar una mentira semejante, una infamia así...! —¿Y si no fuese mentira?—¡Yo sé que lo es, como lo sabes tú! No hubiera hecho daño a Rodney jamás, pese a nuestro fracaso matrimonial, Elmer. Ni siquiera por esa gran fortuna.—Pero disfrutar de ese dinero a mi lado..., era una hermosa posibilidad.—¡A tu lado! —miró con desprecio a mi rostro—. Rod valía cien veces más que tú. Como hombre, como persona, como todo. No fui buena con él, lo admito. Me fascina el dinero. Pero ni tú ni nadie me acusará jamás de ser una asesina, porque eso es falso. He cometido muchos actos indignos en mi vida..., excepto matar. De ti, en cambio, no me fiaría mucho.—¿Sólo porque he sido piloto y conozco a fondo un avión y sus mecanismos? —protesté.—No, no sólo por eso, Elmer. Porque eres un ser execrable, capaz de todo por dinero. —A mí, la muerte de tu esposo no me aporta dinero alguno.—Pero pensaste que podía aportarlo en gran cantidad, al heredarlo yo. Y ahora ya no lo ves tan claro, ¿no es cierto?—Sí, Wanda —me acerqué a ella. Traté de tomar sus manos, impulsivamente. Pero no como Elmer Darrin, sino como el esposo de ella. Como Rodney Novak—. Wanda, escucha...—¡No! —ella me apartó con violencia—. Vete, Elmer. Empiezo a estar harta de ti. Nunca debí permitir que nuestro devaneo estúpido amargara los últimos días de Rod. El no se merecía tanto mal por mi parte.La miré, pensativo, preguntándome si sería sincera en algo. De repente, se me ocurrió decirle:—¿Sabes una cosa, Wanda? La otra noche tuve un sueño extraño... Soñé que yo era Rodney Novak. Soñé que estaba a tu lado... y ambos viajábamos en la avioneta que se siniestro. Por encima de los Addirondacks nevados, para ser más exacto. Soñé eso, Wanda... y soñé que cuando pretendía obtener de ti un abrazo, un beso, tras situar el piloto automático para que el avión mantuviera su vuelo..., tú te apartabas de mí, diciendo que no me amabas, que nunca me habías amado, y que sólo te casaste conmigo para evitar que lo hiciera Dyan Garfield, a quien habías oído decir en alguna parte que ella... era ya, virtualmente la esposa de Rodney Novak... Y había sido tal su tono de triunfo, de júbilo sin límites, que te juraste a ti misma casarte conmigo, con Rodney Novak, antes

que ella me cazase... Sólo por orgullo, y por ambición de ser la esposa de un millonario. Sólo por eso, Wanda...—Elmer, ¿qué..., qué dices? —ella había palidecido intensamente. Vaciló sobre sus piernas—. ¿Cómo pudiste... soñar algo así?—Había algo más, Wanda. Entonces, de repente, Rodney, que había olvidado el piloto automático, se lanzaba sobre el timón, para evitar el choque con un picacho de la cadena montañosa... Wanda, tú advertías el peligro. Y yo, yo que era Rodney Novak en ese sueño, evitaba en el último instante el choque mortal... Entonces..., entonces sí. Cedieron tus nervios y te dejaste besar por tu esposo. Y hubo..., hubo un instante de felicidad en vuestras vidas, que eran las nuestras...Wanda gimió algo entre dientes. Luego, se desplomó, desvanecida por la impresión.La miré en silencio, desde el interior del cuerpo de Darrin. Sacudí la cabeza.—Lo siento, Wanda. Ahora he recordado que ese día, me pediste desesperadamente que no volviera a tomar la avioneta, que la vendiese o la regalase... Y yo te lo prometí así... Eso sólo fue unas semanas antes del suceso. No volví a tomar la avioneta hasta esa fatídica noche... Pero yo te dije que la tenía casi vendida y que nunca más subiría en ella, conforme a lo prometido. Olvidé mi promesa esa noche, lo siento. Sin embargo, eso prueba algo: tú no pudiste hacerlo. No esperabas siquiera que emprendiese un vuelo con ella...Suspiré, con una última mirada a la que había sido mi esposa. Abandoné su habitación. Cuando menos, había logrado saber algo más. Y ella también.Era posible que Elmer tuviera ya poco o nada que hacer en aquella cuestión, de cara al futuro.Me arrojé intencionadamente al suelo, en la escalera. Cayó mi cuerpo prestado, y se golpeó. Yo, cuando el aturdimiento flotaba en la mente real de Darrin, abandoné aquella envoltura sigilosamente...

•
• CAPÍTULO IV
•
• —De modo que puede entrar y salir de otros cuerpos vivos...—Sí, Ghor —asentí—. Es algo, cuando menos. Experimento la sensación de vivir otra vez, de ser yo mismo, aunque mi físico sea otro.—Entiendo. De todos modos, esa capacidad es forzosamente limitada. Llegaría un momento en que su forma intangible, puramente mental, abandonaría por sí misma el cuerpo elegido, o éste no sería un fiel servidor de sus deseos. Es una alianza sólo momentánea, que da buen resultado en breve espacio de tiempo.—Ya veo —afirmé—. Eso quiere decir que no puedo aspirar a encontrar... un cuerpo que me acoja definitivamente.—No, ninguno. En su mundo, Novak, usted es... sólo lo que he logrado que sea, al extraerle de la influencia de la propia Muerte: materia incorpórea, energía mental en acción. Es usted una mente humana que flota en otra dimensión, en otro plano metafísico.—Y esa facultad..., ¿es de duración indefinida? —me asusté.—Sí. Lo es. Si usted lo desea, claro.—No, no —si hubiera tenido forma humana, me hubiera estremecido—. prefiero volver al lugar de donde fui arrancado. —¿Prefiere morir?—Prefiero descansar. Esto no sería justo. Resultaría mil veces peor que una vida eterna siendo una persona completamente normal...—Muy bien. Cuando llegue ese momento, dígamelo. Continuamos aquí, en su planeta, sólo por usted, amigo Novak. Yera y yo aguardamos a que resuelva su problema. Cuando sepa quién le asesinó, cuando ya no tenga objeto seguir siendo lo que ahora es... usted mismo me lo hará saber. Y yo cumpliré sus deseos sin vacilar. Sepa que sólo hemos querido hacer algo en su favor.—Lo sé, Ghor. Gracias a usted y a su hija Yera. Mil gracias por todo. Creo que no voy a prolongar mucho mi estancia entre los que fueron mis semejantes.—¿Sabe ya algo sobre el crimen? —se interesó Yera, con sus ojos ambarinos y maravillosos clavados en mí. Pese a que sabía que eran falsos, pura ficción, como todo su envidiable físico, su mirada me producía una sensación de desasosiego, de inquietud excitante. Mis sentimientos sí sobrevivían. Estaba seguro de que, de haber gozado de un cuerpo, mis emociones ante Yera hubieran sido infinitamente más intensas. Aunque ella y Ghor afirmasen siempre que su aspecto real, su forma primitiva, hubiera resultado aterradora para mí.Respondí a su pregunta, en tanto todos esos pensamientos pasaban por mí:—No. Aún no. Pero he descartado a algunos. Eso puede conducirme, por eliminación, al auténtico culpable...—Es un

medio lento de llegar a una conclusión, ¿no le parece? —sonrió Ghor.—Pero, al menos, es un medio —suspiré—. Recuerde que no sé nada sobre ese crimen que se me antoja estúpido. Si no es el dinero, no parece haber razón alguna que lo motivase. Y sin motivo, no hay culpable. Si conociera la causa que movió al criminal, llegaría sin duda a identificarle inmediatamente. Así..., no puedo asegurar nada.—¿Qué piensa hacer seguidamente para continuar esa investigación entre los humanos? —quiso saber Yera, curiosa.—No lo sé tampoco —confesé—. Sólo ver a unas cuantas personas más. Especialmente, a una que me interesa especialmente, pero no por el crimen ni por nada parecido...—¿Una mujer? —Yera, a veces, era singularmente aguda en sus conclusiones.—Sí —afirmé—. Una mujer.—Si siente algo por ella, sufrirá al no poder establecer contacto directo con su persona...—Sufriré, sin duda alguna. Esta vez, no creo que tenga medio de llegar hasta ella bajo alguna apariencia física que me permita, cuando menos, sentirme como si fuera yo mismo, poderle decir algo...Yera no comentó nada. Se limitó a contemplarme, con su fascinante mirada de color ámbar. Para ser el físico de una mutante de lejanas galaxias, no cabía duda de que fue maravillosamente elegido. Pocas mujeres, por no decir ninguna, hubieran alcanzado la belleza física de la hija de Ghor...Ghor paseó por la estancia del OVNI oculto en la campiña, en una región poco habitada, entre espesura y peñascos. Yo le seguí con atención.—Dentro de poco tendremos que regresar a nuestros mundos, Novak —me recordó—. No tenemos nunca prisa, porque el tiempo no existe cuando se alcanzan velocidades intergalácticas, pero... ya nada hacemos en la Tierra, salvo correr el riesgo de ser descubiertos, pese a que mi nave tiene la facultad de adaptar su color al del terreno en que sé halla, disfrazando su naturaleza metálica. De modo que le deseo rápida suerte, para que nuestro viaje a las estrellas pueda reanudarse en breve...—Sí. Ya pienso en ello —respondí —. Y esté seguro de algo: no tendrá que demorar mucho su viaje. Se lo garantizo.

- * * *
- Era la vivienda de ella.
- Vi el rostro adorable y dulce en la ventana. Dyan... Llegué a la puerta. No podía llamar. Ni ser recibido. Me limité a pasar ante la ventana. Dyan parecía mirarme a mí, pero yo sabía que no era cierto. No podía verme. Y su rostro no revelaba emoción alguna.
- Hubiera querido decirle algo, pero era imposible. Hubiera querido besarla, y me estaba vedado. Sólo podía contemplarla.

Y cuando se apartara de la ventana, ni eso siquiera.A menos que alguien entrara en la casa...Tuve suerte momentos más tarde. Alguien apareció en la acera, descendiendo de un coche. Se encaminó a la puerta de la casa. No era difícil reconocerle: el capitán de policía Lyman Franciscus.El rostro de Dyan se animó. Desapareció de la ventana, corriendo a abrir. Estuve tentado de intentar penetrar en el cuerpo de Franciscus, pero era demasiado corto el tiempo disponible, y opté por limitarme a entrar en la vivienda en su compañía.Dyan recibió al oficial de Homicidios con un apretón de manos cordial. El se mostraba amable y sonriente con la muchacha.Yo me acerqué cuanto pude, rocé con mis manos y mi boca el rostro de Dyan, aun sabiendo que, para ella, nada de eso existía ni era perceptible.—Bien, señorita Garfield —habló el policía—. Usted dirá lo que tiene que decirme... Recibí su mensaje, y me puse en marcha lo antes posible...—Capitán, es mi deber informarle de algo —habló Dyan, tras un momento de vacilación, como si lo que tenía que exponer fuese demasiado trascendental.—Eso es lo que he imaginado, en efecto. Bien, dígame lo que ello sea, se lo ruego. Si debo ayudarla en algo, lo haré muy gustoso. Sé que Rodney Novak la apreciaba de verdad.—De Rodney se trata —murmuró ella, agradecida al parecer por aquel cable salvador—. Y de una cuestión sumamente delicada, relacionada con el caso, y que necesito que usted conozca y resuelva.—La escucho, señorita Garfield.Yo estudiaba a Dyan, preguntándome qué podía tener aquella muchacha que me afectara a mí de algún modo. No tardé en saberlo.—Capitán, se trata de algo muy serio —dijo con énfasis—. Tan serio... que Wanda Novak puede quedarse sin un solo dólar de la herencia.—¿Cómo dijo? —pestañeó Franciscus, incrédulo—. ¿Acaso... tiene pruebas de su culpabilidad en ese crimen?—¿El crimen? No, no se refiere directamente a él, sino a sus consecuencias. Wanda ha heredado esa fortuna por haber muerto Rodney. Su testamento es claro: su esposa percibirá la totalidad de la fortuna, ¿no es cierto?

- —Y bien cierto. Pero usted ha dicho que... —Capitán, a eso he llegado: Wanda no tiene derecho a esa fortuna. —¿Por qué no?—Porque NO ES la esposa de Rodney Novak.
-
- * * *
- Esta vez me tocó sorprenderme a mí. Lancé un grito que nadie oyó. Agité unos brazos que nadie podía ver.—¡Pero, Dyan! —chillé en mi mundo de silencio—. ¡Dyan! ¿Te has vuelto loca? ¿Qué tontería es ésa?—¿Qué tontería es ésa? —preguntó el capitán Franciscus, como si me hubiera oído.—No es ninguna

tontería, capitán —suspiró ella, abriendo una gaveta. Tendió un documento al oficial de policía—. Vea. Ese es el certificado de matrimonio de Rodney Novak. Como ve, tiene fecha anterior a su boda con Wanda Novak… en más de tres meses.—Cielos… —el policía pestañeó, asombrado—. Y, además, está a nombre de Rodney Novak y… y…—Y Dyan Garfield —completó ella tranquilamente—. Exacto, capitán.—¡Dyan! —rugí—. ¡Es mentira! ¡Nunca nos casamos tú y yo! ¿Por qué dices todo eso? Mientras hablaba, en vano, miraba el documento. Si hubiera tenido sangre y venas, se hubiese producido su congelación inmediata.El documento era legítimo. Con la firma de un juez de paz del Estado de Nueva York. Con fecha muy anterior a mi boda con Wanda. Por aquel documento, Dyan y yo éramos legalmente marido y mujer.—Pero…, ¡pero Novak nunca habló de esto! —jadeó Franciscus, congestionado—. Ni usted, ni nadie… Y si el documento es legítimo… la boda con Wanda sería…, sería…—Ilegal. Rodney sería culpable de bigamia. Pero Rodney ha muerto y nadie le puede ya culpar de nada. Sin embargo, es bigamia. Y, por ello, el segundo matrimonio se anula automáticamente. Yo soy la única y legítima esposa de Rodney y, por tanto… su heredera.—Cielos… —Franciscus se abanicó con el certificado—. Lo malo es que este documento se ve por completo legítimo…—Oh, y puede llamar de testigo al juez, a sus familiares y vecinos, que fueron testigos de la boda… A quien quiera. Se confirmará todo, punto por punto.—Dyan, muchacha, ¿cómo no se habló antes de esto? ¿Cómo Novak se casó otra vez?—Rodney no sabía nada de esto, capitán.—¿Que Rodney, siendo el novio, no sabía nada de… su boda? —aulló el policía.—Es fácil de explicar: Rod iba muy embriagado aquella noche. Yo también. Se emperró en que nos casáramos… Yo lo tomé a broma, y acepté, hasta que vi que iba en serio. Una vez celebrada la ceremonia, guardé ese documento, no pensando manejarlo nunca, ya que todo era producto de una broma tonta, que Rod mismo había olvidado al otro día, y yo casi, casi. Pero confieso que al quitármelo Wanda y alardear de su boda, decidí mantenerlo oculto y, algún día, públicamente, hundirla en su orgullo. No tuve valor para ello, callé… y ahora, al ver lo injusto que resulta que ella herede, siendo quizá, en parte responsable del crimen, estoy dispuesta a revelar la verdad, capitán. Pero necesito antes su consejo.—Criatura, no tiene otro remedio que revelar esto, para evitar el delito de bigamia. Además, hay mucho dinero, demasiado dinero por medio. Y le pertenece a usted, en justicia.—Sobre eso, puedo llegar a un acuerdo con Wanda, que no lesione su futuro, capitán… Yo no ambiciono

dinero. Sólo pido justicia para la muerte de Rodney. Y juro dedicar su dinero a pagar a los mejores investigadores para que prueben quién le mató...Yo aún no había reaccionado. No me era posible.

* * *

Golpear a aquel hombre no resultó difícil.Claro que lo hubiera sido para mí, que no poseía forma corpórea sólida. Pero Ghor me ayudó gustoso en ello. Fue él quien descargó el golpe seco, contundente, con su propia mano sobre la nuca del vagabundo.Era un hombre joven, de unos treinta años, desaseado y sucio. Me metí con cierta repugnancia en su cerebro, en su cuerpo todo, ocupando el sitio de su persona. Luego, me bañé y aseé en un arroyo, cambiando mis ropas por otras que me proporcionó Ghor, no sé aún cómo...Cuando emprendí la marcha a la ciudad, era un hombre nuevo. Y dentro de aquel cuerpo joven y vigoroso, viajaba mi propio ser, mi mente, mi energía psíquica...Era todo lo que necesitaba por esta noche: un cuerpo, una voz, unos brazos, una fuerza física directa y real, al servicio de mis propias ideas...La primera cabina pública de teléfono que encontré, me sirvió para las llamadas. Hice exactamente seis llamadas telefónicas. Una a cada una de las personas que más conocía yo: Wanda Novak, Dyan Garfield, Warren Canary, Stuart Novak, Elmer Darrin, y el capitán Franciscus.Para el último, fue una simple confidencia anónima. Para los demás, una amenaza velada, con una frase final, enigmática y llena de incógnitas.—No, no pueden saber mi identidad... Pero yo estuve con Rodney Novak aquella noche. Yo sé que él se enteró esa noche de algo que ignoraba, y que podía ser una razón para asesinarle... Confió en mí, al sentir miedo. Y me dijo que, si algo sucedía, en su propio cadáver, en las ropas con las que fuese enterrado, llevaría la prueba evidente contra su asesino... ¿Creen que miento? Verán cómo no es así. Les contaré algo sobre Novak, que sólo él pudo referirme...

hacía alusiones a cosas que sólo yo podía saber. Todos mis comunicantes resultaron profundamente impresionados. A todos les dije lo mismo: me pondría en contacto con ellos, para obtener dinero, a cambio de hacer desaparecer el papel oculto en las ropas del cadáver. Sabía de buena tinta, dije, que la policía pensaba exhumarlo veinticuatro horas más tarde, a causa de una confidencia anónima. Antes de ello, esa misma noche, yo podría ocuparme del asunto, si me pagaban adecuadamente. Quedé en llamar de nuevo.

Inmediatamente, hice la última llamada. Franciscus tuvo

otra versión de los hechos.Esa noche, alguien iba a profanar la tumba de Rodney Novak, en busca de una prueba sobre la culpabilidad del verdadero asesino. Era preciso tender una emboscada segura y poco visible, para cazar al criminal.Luego, me encaminé al cementerio.De todos los posibles invitados a la reunión fúnebre, yo quería ser el primero.Yo estaría, antes que nadie, agazapado en la sombra, frente al suntuoso panteón de los Novak.Frente a mi tumba.Frente a mi vacía tumba, de la que mi propio cadáver había desaparecido.En la noche, alguien acudiría con el propósito de destruir una peligrosa evidencia. Ese alguien, se acusaría a sí mismo como el auténtico asesino de Rodney Novak.

- yo, la víctima, quería estar ante mi mausoleo, cuando ello sucediese.

EPILOGO

CAPÍTULO PRIMERO

MI ASESINO

Eran tres.

Tres personas sigilosas, que se deslizaron hasta la puerta misma del panteón. Agazapadas, oscuras, casi invisibles en la noche lúgubre del cementerio.

Hubo un leve cuchicheo entre ellos. Luego, dos se pusieron a trabajar cautamente, con instrumentos y herramientas adecuados, para abrir la puerta de la cripta inicialmente, y luego sin duda la lápida de mármol de abajo...

Me mantenía quieto, agazapado en la sombra, mezclado entre los arbustos. Hubiera querido saber si Franciscus y sus hombres estaban también por alguna parte, a la espera.

Si era así, había que felicitarles por su cautela. No había percibido señal alguna que acusara la presencia de nadie, excepto los tres intrusos y yo mismo.

El aire jugueteaba con los arbustos, y agitaba levemente las alargadas, tristes copas de los cipreses. El mausoleo de los Novak, era un juego de blancos, grises y dorados, resaltando en la oscuridad.

Hubo chispazos, destellos metálicos, un ruido sibilante. Y la puerta metálica quedó abierta. Luego, siguió la verja, con mucha mayor rapidez.

El cuchicheo volvió entre ellos. Hubo un leve fulgor de una lámpara eléctrica, fugazmente manejada. El trío se agazapó, hasta desaparecer por la angosta entrada a la cripta.

Sonreí en la oscuridad. Con la sonrisa prestada de un cuerpo prestado, pero sonreí porque quería sonreír.

Había motivo para ello. Los visitantes de medianoche habían caído en la ratonera por su propio impulso. No podían escapar del interior de la cripta de los Novak. Aunque no acudiese la policía, les tenía en mi poder.

Empecé a moverme, ante el profundo silencio y quietud reinantes en la oscura noche. Pero muy a tiempo paré en seco el movimiento, y continué agazapado.

Alrededor del panteón, se materializaron hasta seis figuras oscuras, hasta entonces perfectamente agazapadas, ocultas en los lugares más inverosímiles.

Eran agentes de policía. Reconocí, entre ellos, el corpachón del capitán Franciscus. La emboscada estaba montada a la perfección. Mi llamada no había sido estéril.

Súbitamente, cuatro de ellos se dirigieron a la puerta de la cripta. Otros dos, se quedaron más atrás.

—¡Alto, en nombre de la ley! —ordenó abruptamente la voz del capitán.

Dentro de la cripta hubo voces, revuelo. Luego, la respuesta a la conminación policial: disparos de arma de fuego.

Hubo un doble grito. Dos agentes, los primeros en iniciar el ataque, cayeron en la misma puerta de la cripta, y uno de ellos rodó escaleras abajo, hacia el interior del panteón.

Los demás, con juramentos de disgusto, se parapetaron, abriendo fuego sobre el panteón, sin muchas contemplaciones. La paz perenne de la ciudad de los muertos, sufrió esa noche una brusca y violenta alteración.

Yo no me había movido. Algo me decía que las cosas no parecían tan sencillas en la realidad como lo habían sido en la teoría. Los asaltantes de la cripta eran auténticos criminales, gente armada, pagada sin duda por la persona interesada en expoliar la tumba. En suma: por mi asesino.

No fue ningún error esperar allí, agazapado, en tanto el capitán y sus hombres mantenían la puerta del mausoleo cubierta con sus armas. Yo no podía recordarlo, pero mi panteón familiar tenía otra salida.

Y eso, evidentemente, lo conocía alguien de los misteriosos asaltantes.

Por la parte posterior, hubo un leve movimiento. Agucé la vista en la oscuridad.

Las pupilas de mi prestado cuerpo, eran por fortuna excelentes.

Bendije la buena visión del joven vagabundo enemigo del agua y el aseo. Pude ver a la perfección cómo se agitaba una losa de mármol, se movía, deslizándose a un lado cautelosamente sobre los arbustos… y una figura furtiva, elástica y felina, se deslizaba fuera del recinto funerario de la familia Novak, para emprender la fuga, sin ser visto por los policías que acordonaban el lado opuesto de la edificación marmórea…

En ese momento, intervine yo.

Decididamente, mi joven cuerpo anónimo, brincó hacia el angosto sendero, entre cipreses y setos, por el que el fugitivo pretendía escabullirse.

Un rostro oscuro se volvió hacia mí. Destellaron unos ojos y hubo una sorda imprecación. Una mano enguantada esgrimió algo, que me lanzó sin contemplaciones.

Eludí el impacto con una finta realmente felina. Sentí el zumbido de un acero. Una hoja afilada se hincó, vibrante, en el tronco de un ciprés inmediato. Se hubiera hundido mucho más fácilmente en aquel cuerpo que no era mío, y nunca me hubiera perdonado que un pobre diablo muriese por mi culpa. La vida de aquel vagabundo sin nombre, era tan sagrada como la mía cuando dispuse de ella.

Furioso, salté adelante sobre el amedrentado fugitivo. Le alcancé, caí sobre él… y su lucha duró poco. El cuerpo de que yo disponía era fuerte, joven y recio. Mis conocimientos de karate, completaban su eficacia.

Cuando le hube logrado inmovilizar, mientras mascullaba furiosa y débilmente bajo una especie de oscura bufanda con la que se cubría el rostro, le arranqué el gorro con que tapaba sus cabellos. Luego, bajé la bufanda, y proyecté sobre su rostro un haz de una lámpara eléctrica.

Sentí dolor. Pero no sorpresa.

Era la persona que yo había imaginado. La persona a quien tendí aquella trampa, movido por una sospecha repentina.

No me había equivocado.

Era ella.

—Dyan… —murmuré—. Dyan Garfield, muchacha… ¿Por qué tú, precisamente…?

Ella, colérica, me miraba sin identificarme, pero viendo algo raro y extraño en mí. Sobre todo, en mi entonación…

—¡Suélteme, salvaje! —jadeos—. ¡Suélteme, maldito sea! ¡No podrá probar nada contra mí!

—Te equivocas, Dyan —murmuré—. Se puede probar. Nunca hubo nada en ese cadáver…, en mi cadáver, ¿entiendes, Dyan? Nunca… Pero tu boda aquella noche en que bebimos tanto tú y yo en Sandy's, en Rocky's, en Davy Inn, en El Trébol, ¿recuerdas?, escuchando aquella melodía que el negro nos tocó al piano… Dyan, tú me drogaste en la bebida… para embriagarme y hacerme ignorar lo que pretendías…, que era casarte conmigo sin yo saberlo. Y te salió bien, ¿verdad? Muy bien… Al otro día, no recordaba nada de nada… y tú eras ya legalmente la señora Novak. Por eso callaste… Por eso ocultaste eso todo este tiempo… Para esgrimirlo contra Wanda, contra mí incluso… Al ver que no nos separábamos, temiste que yo volviera a amar a Wanda. Me tomaste un odio feroz. Ambicionaste mi dinero, la ruina de Wanda… Habíamos ido algunas veces en mi avioneta, ¿recuerdas, Dyan? Como aquel domingo que nos sorprendió el temporal sobre el lago… Dyan…, tú lo hiciste todo… Dyan, ¿me oyes? Soy yo, aunque no lo creas, sí. Soy Rodney Novak, en otro cuerpo humano. He vuelto de la tumba. Mi tumba, ahora, está vacía… Vacía, ¿lo oyes? Las cosas que te conté, nadie sino tú y yo pudo saberlas jamás…

Desde el panteón, llegó la voz asombrada de Franciscus, mientras Dyan me contemplaba con un horror infinito, con sus cabellos erizados…

—¡Eh, mirad! ¡El ataúd está vacío! ¡El cadáver de Novak ha desaparecido…!

Era lo que le faltaba a Dyan. Rompió a reír y chillar como una demente, mirándome despavorida primero, y con gesto alucinado y demencial después…

Me incorporé, la dejé sola allí… Siguió riendo, riendo… Cuando los policías corrieron a ella, confesaba todo precipitadamente… Y decía cosas increíbles, que asombraron a Franciscus, sobre un hombre en el cementerio. Un hombre desconocido que le habló con la voz del difunto, que era Rodney Novak, resucitado…

La esposaron. Pero creo que el manicomio iba a ser el final de Dyan, y no la silla eléctrica…

CAPÍTULO II

MI DECISION

—Bien... Llegó el momento de partir, Novak.

—Lo sé —había abandonado poco antes el cuerpo del vagabundo, que se encontraría más tarde plácidamente tendido cerca del arroyo, con dinero en el bolsillo, ropas buenas y una pulcritud que no entendería muy bien.

—Ya logró cuanto quería: no ha sido un final feliz, sabiendo lo que sentía por Dyan, pero al menos se hizo justicia. Y, después de todo, cualquier amor o sentimiento parecido era ya un imposible...

—También lo sé —suspiré, resignado—. Creo que sólo queda... volver al reposo eterno.

—Novak, usted era muy joven aún. ¿De verdad no le gustaría disfrutar todavía de una vida que le fue arrebatada cruelmente?

—Ghor, usted habló de normas y de cosas establecidas que nadie puede alterar. ¿Se pueden cambiar la Vida y la Muerte?

—No —negó Ghor, sereno—. No aquí, en su mundo. No en la Tierra, en el sistema solar, en su ámbito de existencia, regido por principios inmutables y eternos, Novak.

—Sus palabras parecen sugerir algo... —musité, esperanzado.

—Es algo remoto, pero posible, Novak. Significa mucho: romper con todo lo conocido, saltar a lo desconocido, buscar la nueva forma de vida en otros lugares, casi en otras dimensiones, como las de nuestro origen remotísimo...

—Termine, Ghor. ¿Qué solución propone?

—No estaría solo, Novak.

—¿Solo? ¿Dónde? —me inquieté.

—Hay un mundo cercano al mío... Por colonizar. Tiene atmósfera como su mundo. Y agua, y un tibio sol azul, y cosas hermosas de las cuales disfrutar...

—¿Incluso por parte de..., de algo que sólo es pura energía mental, materia intangible, como yo? —dije, sarcástico.

—No. Pero allí, con las leyes de nuestros soles y estrellas, todo cambia y se altera. La relatividad misma del universo actúa sobre las normas de vida y de muerte... Un día morirá, Novak, como toda criatura viviente. Pero habrá disfrutado de una segunda existencia... con un cuerpo idéntico al que tuvo usted en la Tierra. *Su* cuerpo, Novak... reproducido por mutación genética artificial. En esta misma nave, cuando salgamos de su Vía Láctea...

—¿Un cuerpo... mecánico? —dije tristemente—. ¿Un robot?

—No. No será un robot. Será una evolución biológica de cierta mutación en proyecto, con materia viva pero dócil a ciertos procesos y reacciones de nuestra Bioquímica —explicó él—. Un cuerpo exacto, vivo, pero sólo capaz de sobrevivir en un mundo de las características del que le he citado.

—Creo que es mejor que nada. Ser yo mismo, tener mi propio cuerpo, mi mente, mis ideas... Pero dijo... que no estaré solo. ¿Qué clase de criatura artificial convivirá conmigo?

—No será una criatura artificial, sino un ser vivo... que renuncia a nuevas mutaciones —dijo calmosamente Yera—. Yo, Novak.

—¿Tú? —la miré, atónito—. ¿Tú, Yera...?

—Seré tu compañera, sí. Nunca seré de nuevo la criatura que soy en mi planeta, sino la que ahora ves. Mi mutación se detendrá en esta forma que ves. Seré una perfecta mujer en todo. Incluso en sentimientos,

Novak. Aunque tú no sientas nada por mí, necesitarás una compañera que anime tu nueva existencia..., si es que aceptas.

—¿Y que... realmente dé continuidad a... a los Novak? —sugerí.

—Sí —sonrió dulcemente, acercándose a mí—. También eso, Rod. ¿Qué decides?

—Adelante, Ghor —suspiré, esperanzado—. Es una nueva vida, después de todo. Y lo que es vida, vale la pena de conocerlo. Vamos a sus mundos, a sus soles y estrellas, donde la supervivencia, es aún posible para mí. Vamos... y que Dios nos ayude a todos en esa experiencia fascinante que me espera.

—Sí, Novak —asintió Ghor—. Dios, por encima de todo. Vayas

adonde vayas, en el infinito universo… Dios está allí. Tal como tú y yo lo concebimos. Por encima de todos nosotros y de nuestras propias reglas de existencia… Te felicito, Novak. Tu elección es acertada. Vivir, es siempre mejor que morir.

Miré a Yera. Supe que iba a sentir emociones a su lado. Supe que podía olvidar la Tierra, mi vida de millonario, mi esposa Wanda, mi esposa Dyan… Todo se podía olvidar aún, junto a una criatura como Yera.

Y saber que siempre sería así, hasta el fin de nuestros días, era también una hermosa noticia.

Cuando el OVNI abandonó la Tierra para siempre, eran tres viajeros los que llevaba a bordo.

En la Tierra, nadie conoció jamás la verdad sobre Rodney Novak.

Quien supo algo más sobre él, estaba recluida en un sanatorio para enfermos mentales, de por vida. Era el precio de un crimen.

Los demás, ni siquiera eso. Para todos, Rodney Novak había muerto, aunque su tumba estuviera vacía.

Una estrella, dejando una estela de luz en el espacio, no podía relacionarla nadie con un nuevo Rodney Novak, rumbo a las estrellas…

F I N